

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

LUCIANO.—*Il lutto*, ed. VALERIA ANDÒ. Palermo, Palumbo, 1984, 179 pp.

Aunque Luciano es un autor que interesa siempre, cabe hablar, hoy por hoy, de un cierto renacimiento de los estudios lucianescos, que corre parejo con un auge de las investigaciones y trabajos que aparecen sobre el periodo romano de la literatura griega, unido a nombres como Bompaire, J. Schwartz, Anderson, Baldwin, Bowersock, Reardon, por citar los nombres de los más eximios en este campo. A este renacimiento contribuye no sólo la aparición de estudios concretos, sino, de un tiempo a esta parte, los comentarios a obras concretas del sofista de Samósata: tras los que dedicaron, en su día, Avenarius y Homayer al *De conscribenda historia*, el más reciente de Coenen sobre el *Zeus trágico*, y las ediciones especiales de algunos opúsculos concretos, el trabajo de V. Andò sobre el *Περί πένθους* se inserta en esa nueva corriente, que creemos positiva.

El trabajo que reseñamos se estructura en tres partes: una «Introduzione», precedida de una bibliografía que no pretende agotar el tema, sino simplemente orientar al lector en los aspectos técnicos del opúsculo lucianesco (ritos de enterramiento, mitología del Hades, etc.); una parte central, con el texto y la traducción italiana, y un amplio comentario.

El texto adoptado por la editora es, en esencia, el de MacLeod de la Oxoniense, aunque en unas pocas ocasiones se aparta de él. Esas divergencias son explicadas y fundamentadas en una «Nota critica» de pp. 57-65, y creemos que merecen un breve comentario: de los pasajes que se apartan del texto básico de Oxford, uno (3,17) nos parece erróneo. Andò adopta, en efecto, el texto de β leyendo και, en vez del texto de MacLeod η. Andò intenta justificar esta lectura interpretando el pasaje como una hendiadis («oltrepassare navigando») que creemos no avala el pasaje que sigue inmediatamente, que alude a las distintas formas de cruzar la laguna Estigia. La segunda variante respecto a MacLeod (18,28) consiste en aceptar el texto de los codd. γελιοίτερα, frente a la conjetura, generalmente aceptada por los edd., γενναιότερα. Pero no veo que Andò nos convenza de la superioridad de su lectura. En 20,25 Andò cree mejorar el texto de MacLeod leyendo ολώμεθα, con ΩLU, para evitar, dice, un indicativo (ολώμεθα) con la partícula ἄν. Pero las dificultades se obvian completamente considerando que la partícula no va con el verbo en indicativo, sino con el inf. ελπειν. En cambio, nos parece del todo convincente la lectura de Andò en 25,11

(=1,2), donde el texto *γινόμενα*, frente a *γινόμενα*, forma *Ringkomposition* con el inicio del opúsculo.

En la Introducción la autora desgrena una serie de consideraciones sobre el opúsculo, especialmente en puntos sobre problemas tan importantes como el de la autenticidad del *Περὶ πένθους*. Sobre ello habría mucho que decir: Andò sostiene, con otros muchos críticos, que este opúsculo es genuinamente lucianesco, punto de vista que no comparte el autor de esta reseña, si atendemos a la pobreza de rasgos típicos del «humor» lucianesco. Aparte una desaliñada descripción de los ritos funerarios, el opúsculo «lucianesco» no contiene sino una simple confrontación entre los lamentos del hipotético padre llorando la muerte de su hijo y la respuesta —ciertamente casi surrealista— del difunto, corrigiendo los conceptos expresados por su padre.

El comentario insiste, como es natural, en los aspectos mitológicos y antropológicos, arqueológicos, del texto. En algún momento, la editora se interesa por la comparación con otras culturas (cf., por ejemplo, los comentarios de pp. 126, 138, 146), lo que permite lamentar que no haya dedicado algunas palabras, por ejemplo, a la visión folklórica de la muerte en la cultura griega moderna (*Caron*).

De lamentar la total ausencia de citas de la producción bibliográfica hispana.

En conjunto, empero, una obra que cumple su misión en la tarea de comentar los opúsculos del *corpus* lucianesco.

JOSÉ ALSINA

Il «De rosis nascentibus». Introduzione, testo critico, traduzione e commento di GIOVANNI CUPAIUOLO. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1984, 223 pp.

Sobre este poema de discutida autoría se nos ofrece aquí un lúcido y muy completo estudio. El libro llena, en efecto, un vacío en el campo de la Filología Clásica, que sólo indirectamente (para probar o reprobando su filiación con respecto a Virgilio o Ausonio) se había ocupado de la elegía en cuestión.

Comienza el autor por examinar la estructura (cap. I, pp. 7-15), que define como mesódica, en razón de su tripartición y composición anular; apoyan dicha estructura una serie de correspondencias temáticas y léxicas.

En el cap. II (pp. 16-27) se plantea la posibilidad de un significado alegórico, que la utilización de términos de doble sentido y la tradicional relación *rosa-uirgo* (expresa aquí en el distico final) hacen casi evidente: la descripción de la rosa en el plano literal corresponde a la descripción de la muchacha en el plano simbólico.

A continuación (cap. III, pp. 28-53) se pone de relieve cómo es Ovidio la fuente principal: abundan los sintagmas y el léxico ovidiano; y en cuanto al tema, se reseña el conspicuo paralelismo con *Art. Am.* III 59-100.

Analiza en el cap. IV (pp. 54-68) la coincidencia temática con otras piezas más o menos coetáneas: el tema de la rosa es frecuente, en efecto, en la poesía latina tardoantigua (cf. *A.L.* 84, 87; *Peru. Veneris*, esp. 13-26; Luxorio, *A.L.* 366; Draconio, *A.L.* 874; *A.L.* 85; etc.); también en algunas de esas piezas se da la misma humanización de la flor, p. ej. en el *Peru. Ven.*, o se conjuga la imagen de la rosa con el tema del *carpe diem*, así en *A.L.* 84; ambos poemas —conjetura el autor— son precedentes del *De rosis nascentibus*. De ese modo queda insertada la elegía en un bien definido ambiente cultural.

Se incluye un apéndice («Il *De rosis nascentibus*: una dichiarazione d'amore in versi?», pp. 69-73) en el que se asiente a la interrogante planteada en el título, basándose en el paralelo con ciertos epigramas de la *Antología Palatina* (V 79, 80, 85 y 103).

Los aspectos estilísticos y métricos son estudiados en el cap. V (pp. 74-87): abunda la adjetivación, como resultado de la tendencia al descriptivismo; es notable la frecuencia —para una composición de 50 versos— de figuras como la *traiectio*, epianalepsis, hipálage, quiasmo y anáfora; hay predilección por los compuestos con el prefijo *con-*, acepciones nuevas de términos ya conocidos, gusto por el participio tanto en función verbal como meramente adjetival, tendencia a la colocación antitética de ciertos términos, frecuentes aliteraciones. En cuanto a la métrica, nada de particular con respecto a la línea tradicional del distico, como no sea una cierta preferencia por el dáctilo para la cuarta sede del hexámetro, y alguna rima entre final de pentámetros.

Dos apéndices más se añaden a continuación. En el primero (pp. 88-94) atiende al problema cronológico y de autoría: la tendencia alegórica y las peculiaridades de la lengua poética llevan a encuadrarlo no antes del siglo iv ni después del vi; en cuanto al autor, se abstiene de individualizarlo, y lo atribuye sin más a un poeta desconocido y ocasional. En el segundo apéndice (pp. 95-105) alude a la tradición medieval del tema de la rosa, especialmente visible en el *Roman de la Rose*, y a su proyección en el Renacimiento, citándose autores como Lorenzo de Médici, Poliziano, Antonio Tebaldeo, Camoens, Ronsard, Tasso, Guy Le Fevre de la Boderie, R. Herrick y Marino, que son testigos de la fortuna del poema; concluye el autor que la influencia del *De rosis nascentibus* se circunscribe sobre todo al espacio de tiempo que va desde la segunda mitad del xv a fines del xvi y que el abandono del tema se ve determinado por una circunstancia externa: su progresiva exclusión del *corpus* poético virgiliano.

Completa el estudio (cap. V, pp. 106-165) una exposición de la transmisión del texto. La rica tradición manuscrita se debe a su atribuida paternidad virgiliana; se nos presenta una lista de 96 manuscritos que contienen la obra. En las ediciones, comenzó asimismo a publicarse con las obras de Virgilio y poco a poco (a raíz de su atribución a Ausonio por Gerolamo Aleandro en 1511) también con las de Ausonio, con otras obras anónimas y de poetas menores, y con los demás poemas de la *Appendix Vergiliana*.

Viene después el texto, acompañado de un copioso aparato crítico, la traducción en prosa (pp. 167-176), y el comentario pormenorizado, prolijo en lugares paralelos (pp. 177-218). Por último, un *index uerborum* (pp. 219-221) y el índice general (p. 223).

Alguna puntualización o sugerencia se nos han ido ocurriendo al hilo de su lectura, como p. ej. las siguientes: 1) Al ejemplo ovidiano podía haberse añadido también una valoración de la presencia de Horacio, en cuyas odas las rosas o la guirnalda de flores suelen asociarse ya con el tema del *carpe diem* (p. ej., en II 3, 14-17): a ello se alude, desde luego, en el comentario, pero habría matizado también las consideraciones generales sobre fuentes que se hacen en el cap. III; en cuanto a expresiones concretas, el *dum loquor* de v. 38 no ofrece lugar a dudas (cf. Hor. *Carm.* I 11, 7: *dum loquimur*, en igual contexto). 2) Quizá hubiera merecido la pena plantearse también la posibilidad, dada la abundancia de composiciones sobre igual tema y coetáneas, de una tradición retórica escolar, que haría innecesaria la cuestión de prioridad e influencia entre esas composiciones. 3) Demasiado fina me parece la ex-

presión «dichiarazione d'amore» para definir el propósito del poema; más bien sería un «conato de seducción», o dicho con palabras del mismo autor, usadas en otro momento: «invito... a una fanciulla a non disdegnare più oltre le gioie d'amore». 4) En cuanto a la fortuna de la elegía, a la mención de autores de distintos países podía haberse añadido la de alguno de los muchos que han tratado el tópico en lengua castellana (entre ellos Garcilaso, Francisco de Medina, Cristóbal de Mesa, Lope de Vega, Góngora, Francisco de Rioja, E. M. de Villegas, Calderón, Agustín Moreto, Sor Juana Inés de la Cruz, Meléndez Valdés, N. Fernández de Moratín y Rubén Darío), objeto de estudio en el interesante libro de Blanca González de Escandón, *Los temas del carpe diem y la brevedad de la rosa en la poesía española*, Barcelona 1938. 5) Por último, hubiera sido útil un índice de autores.

Pero, en suma, ninguna de estas menudencias o hipotéticos *addenda* podrían rebajar la estimación absolutamente positiva que, a mi juicio, merece esta obra. El atento examen de los aspectos temáticos y formales, de las fuentes y tradición del poema, la fijación del texto y el sagaz comentario, hacen que sea el punto de partida para toda ulterior indagación sobre el *De rosis nascentibus*.

VICENTE CRISTÓBAL

PRATO, C., y FORNARO, A. (edd.).—*Giuliano Imperatore: Epistola a Temistio*. Edizione critica, traduzione e commento. Quaderni dell'Istituto di Filologia Classica, Università di Lecce. Studi e Testi Latini e Greci, 2. Lecce, Casa Editrice Milella, 1984, XXII + 78 pp.

C. Prato es profesor ordinario de Lengua y Literatura Griegas en la Universidad de Lecce y director de la Colección «Studi e Testi Latini e Greci». A. Fornaro es doctora en Literatura Griega por esa misma Universidad. En la presente edición a C. Prato ha correspondido la fijación del texto crítico y la tarea de elaborar la versión italiana, mientras que A. Fornaro se ha ocupado de las páginas introductorias y del comentario.

Esta *Epístola* es la única que ha llegado a nuestros días de las tres cartas que intercambiaron Juliano y Temistio entre el 3 de noviembre de 361, fecha de la muerte de Constancio II, y el 11 de diciembre del mismo año, día de la llegada de Juliano a Constantinopla. En acertado parecer de A. Fornaro, expuesto en la página IX de la Introducción, esta *Carta* de Juliano propone un extenso aunque ideal programa de gobierno, que según J. Bidez (*La Vie de l'Empereur Julien*, París 1930, p. 206) intentaba asimismo suprimir las reticencias que ante el nuevo emperador pudieran tener sus adversarios.

La labor de C. Prato y A. Fornaro es cuidada y meritoria. Sobresaliente resulta el comentario de la página 36 del libro al deber de imitar a Alejandro Magno, aludido por Juliano al comienzo de la *Epístola*. A. Fornaro se basa aquí en una idea de A. Alföldi (*Die monarchische Repräsentation im römischen Kaiserreiche*, Darmstadt 1970, p. 271), de que Caracala y Alejandro Severo se consideraron reencarnaciones del gran macedonio.

Uniendo a esto el testimonio de Sócrates (*Hist. Eccl.* III 21), de que el filósofo Máximo había dicho a Juliano que le había tocado en suerte el alma de Alejandro, A. Fornaro extrae el interesante corolario de que en la *δυόπελα* del macedonio Juliano veía una idiosincrasia del *princeps*, susceptible de ser contrapuesta a los empera-

dores del pasado. Sin embargo, y arrancando de este tema, yo hubiera profundizado en dos direcciones: la primera consiste en analizar el grado que alcanza la *imitatio Alexandri* en los preparativos y en la ejecución de la guerra persa del año 363, mientras que la segunda radica en estudiar si este concepto de *princeps*, asentado en la *ἀνδρεία* de Alejandro Magno, iba dirigido especialmente contra Constantino, a quien Juliano criticó con tanta dureza según Amiano Marcelino (*Hist.* XXI 10, 8, e *ibid.* 12, 25), por abrir a los bárbaros el acceso al consulado y por su naturaleza *nouatoris turbatorisque priscarum legum et moris antiquitus recepti*.

GONZALO FERNÁNDEZ

BRUGNOLI, GIORGIO.—*Foca: vita di Virgilio*. Introduzione, testo, traduzione e commento. Pisa, ETS, 1984, XX + 44 pp.

Focas desarrolló su actividad como *grammaticus* a finales del siglo iv y comienzos del v en Roma. Es autor de una *ars de nomine et uerbo* transmitida por numerosos manuscritos y editada por H. Keil en sus *Grammatici Latini* (vol. V, Leipzig 1923, pp. 410-439). A lo largo del Medievo se le atribuyeron sin fundamento otros dos tratados gramaticales: *de aspiratione* y *de orthographia*. Suya es también una *uita Vergilii* en verso, conservada parcialmente en las dos caras del folio 37 del códice latino 8093 de la Bibliothèque Nationale de París (siglo ix).

Componen la *uita Vergilii* seis estrofas sáficas iniciales y un centenar largo de hexámetros, con algún distico elegíaco incrustado entre ellos. Tan sólo parece faltar el final de la obra. De los prodigios que, según Focas, acompañaron el nacimiento del Mantuano nos ha hablado recientemente J. A. Sánchez Marín (*EMERITA* 53, 1985, pp. 291-308). También se ha ocupado en nuestro país de la biografía métrica de Virgilio urdida por Focas, J. L. Vidal en un trabajo que no ha pasado desapercibido a Brugnoli: «La biografía de Virgilio escrita por Focas», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* 57, 1981, pp. 1-17.

La *uita Vergilii* es un centón erudito. Así lo confirma el abultado número de «homenajes» de Focas al poeta biografiado, a Ovidio, Lucano, Estacio, Horacio, Séneca trágico, Marcial y Quintiliano. Casi todos los versos de la *uita* tienen su fuente.

Consta el libro de Brugnoli de una documentada introducción (pp. V-XI), una completa bibliografía (pp. XIII-XIX), el texto de la biografía virgiliana de Focas exhaustivamente comentado a pie de página (pp. 3-34), una reproducción fotográfica del folio parisiense que contiene la obra (entre pp. 34 y 35), la traducción (acaso demasiado apegada al original, pp. 37-40) y un índice de pasajes citados (pp. 41-44).

La *uita Vergilii* de Focas al cuidado de G. Brugnoli constituye la primera entrega de unos «Testi e Studi di Cultura Classica» dirigidos por él mismo y por Guido Paduano. Su primer fruto augura a la serie un interés filológico que me es muy grato subrayar aquí.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

FERNÁNDEZ MARCOS N., y BUSTO SAIZ, J. R.—*Theodoretii Cyrensis Quaestiones in Reges et Paralipomena. Editio Critica*. Colección Textos y Estudios «Cardenal Cisneros» de la Biblia Políglota Matritense. Madrid, Instituto «Arias Montano», CSIC, 1984, LXV + 327 pp.

Esta obra constituye el segundo volumen de las *Quaestiones* de Teodoreto de Ciro; el primero, correspondiente al Octateuco, fue publicado en 1979 en colaboración con A. Sáenz-Badillos; ambos volúmenes representan una importante y significativa aportación para el conocimiento del texto patrístico y superan en contenido y presentación a la edición de Sirmond (1642) reproducida por Schulze (1769-1774) e impresa en la *Patrologia Graeca* de Migne. Las páginas XL a XLIV de este segundo volumen que comentamos nos describen las mejoras más destacables de esta edición. Aunque son sólo catorce los manuscritos colacionados íntegramente, han sido consultados también los diecinueve restantes que hoy se conocen, esclareciéndose con ello algunas confusiones de fondo en relación con ciertos manuscritos catenáceos que contenían, además de las cuestiones de Teodoreto, una colección de añadidos de otros Padres, generalmente antioqueños; así los manuscritos 44 y 46, por ejemplo, son descritos correctamente por primera vez; es un trabajo, por tanto, que habrá de ser tenido en cuenta para una nueva clasificación de las *catenae* a *Reyes*.

Sin embargo, el objetivo de esta edición pretende algo más que poner orden en el campo de la transmisión patrística; se propone principalmente la búsqueda del texto bíblico utilizado por Teodoreto, con el fin de determinar con mayor precisión el texto luciánico o antioqueño que se encuentra claramente diferenciado en los libros de los *Reyes*; objetivo que ofrece novedad e ilumina los problemas que presenta el pluralismo textual del que tenemos constancia ya en los primeros estadios de la transmisión del texto bíblico.

A esta impecable edición crítica precede una interesantísima Introducción con cuatro epígrafes dedicados al texto mismo de las *Quaestiones*, a sus manuscritos y ediciones, y un quinto epígrafe dedicado al texto bíblico de Teodoreto con un estudio muy completo donde se concretan las aportaciones de esta edición para la investigación del texto griego de los libros de los *Reyes*, particularmente del texto luciánico cuya edición crítica está preparándose para ser publicada en un futuro próximo. Son admirables la precisión y utilidad de los datos que aquí se nos ofrecen, así como la claridad de enfoque sobre un tema tan debatido como es la problemática en torno a la recensión luciánica.

Acompañan a esta edición tres índices importantes: I. Citas bíblicas, II. Autores, III. Léxico.

Estamos ante una obra que, tanto en su conjunto como parcialmente, satisface por su cuidada presentación y su gran altura e interés científico.

VICTORIA SPOTTORNO

OLIVIER, J.-M., y MONÉGIER DU SORBIER, M.-A.—*Catalogue des manuscrits grecs de Tchécoslovaquie*. París, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1983, XXVI + 228 pp.

La catalogación de los códices griegos de Checoslovaquia por nuestro buen amigo Olivier y su colega Monégier du Sorbier es una valiosa aportación, siempre bien recibida, para llegar algún día a realizar el anhelo de helenistas y bizantinistas de ver catalogados con detalle todos los manuscritos griegos existentes. Se va avanzando, aunque no con la aceleración que todos deseamos, con detrimento para los estudiosos de los textos griegos, editores de ediciones críticas, etc.

Los dos catalogadores se han esforzado por ofrecernos un magnífico catálogo del reducido número de códices que posee la nación checa, cosa que han logrado utili-

zando todas las más modernas técnicas de descripción codicológica, valiéndose de las normas más recientes que han sido puestas en práctica por los últimos catalogadores del fondo griego Vaticano, en especial por P. Canart, venerable maestro a quien tanto debemos los catalogadores de fondos griegos.

La descripción de los códices se adapta a las tres divisiones clásicas: descripción general externa, contenido y análisis de los textos y la descripción detallada externa del códice de una densidad singular, subdividida en ocho apartados, según la norma seguida por los últimos catalogadores de los manuscritos griegos del Vaticano. Otra de las novedades de este catálogo es dar en latín el análisis de los textos mientras va en francés el análisis codicológico, norma que ha seguido últimamente Canart, y nosotros aplicamos hace veinte años en la descripción del fondo griego del Escorial y últimamente en el de la Biblioteca Nacional de Madrid y también utilizada por los catalogadores del fondo griego de París.

La descripción del contenido es tan exhaustiva que a veces abrumba por los detalles e indica un esfuerzo extraordinario de los catalogadores para no dejar escapar ningún pormenor útil. Este sistema se puede aplicar cuando se trata de un número reducido de códices, aquí 39, porque en el caso de una rica biblioteca supondría muchos años para sacar un catálogo de varios cientos de manuscritos, cual es por ejemplo la Nacional de París, poseedora de miles de códices que están descritos la mayoría en simples inventarios.

Los autores complementan su catálogo con varios apéndices útiles para los especialistas: incipit de inéditos (o poco conocidos), índice alfabético, de filigranas con el diseño de las mismas, 28 facsimiles de escrituras tan útiles para identificar copistas, algunas planchas son de miniaturas y encuadernaciones. Interesante es la Introducción, en la que nos ofrecen la historia de las once colecciones del fondo griego checo. La presentación de la obra es paradigmática y un orgullo para el CNRS francés.

GREGORIO DE ANDRÉS

II. LINGÜÍSTICA

STARKE, FRANK.—*Die Keilschrift-luwischen Texte in Umschrift*. Studien zu den Bogazköy-Texten, Heft 30. Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1985, XV + 465 pp.

El presente libro viene a demostrar una vez más el renovado interés de las últimas décadas por los estudios anatolios, en realidad ininterrumpido desde los comienzos de las investigaciones sobre el hetita. El mayor desarrollo corresponde al estudio de este último, de cuyo análisis ha venido dependiendo en buena medida el de su lengua hermana, el luwita, de forma que por ejemplo los criterios de datación y estructuración de los textos luwitas —como bien explica Starke— siguen los mismos patrones establecidos para los textos hetitas. No sólo se hace necesaria periódicamente una revisión de los problemas y cuestiones gramaticales, sino también una revisión del *corpus* textual, aunque ya haya quedado perfectamente establecido. Y es esto lo que pretende Starke con el libro que reseñamos.

Puesto que todo trabajo en el campo de la gramática se apoya por necesidad en el estudio previo de los textos, la revisión de este material cumple su función. Éste es el objetivo del presente *corpus*: en la idea de publicar un libro sobre el nombre en luwita cuneiforme que figurará como volumen 31 de la misma colección a la que

pertenece nuestro *corpus*, Starke ha juzgado necesaria la puesta al día de los textos, proponiéndose editarlos tal y como se presentan en el estado actual de conocimientos. Los objetivos fundamentales son: ofrecer los textos transcritos, facilitar una rápida ojeada del material, encarar los problemas de la datación y el *ductus*, y presentar el panorama de la organización interna de dichos textos.

El libro de Starke tiene como antecedente el de su maestro H. Otten, *Luwische Texte in Umschrift*, Berlín 1953, que había que mejorar incluyendo las nuevas inscripciones halladas desde su publicación y renovando los puntos de vista de la crítica textual. El trabajo lo emprende Starke desde el principio, es decir, colacionando mediante fotografías o directamente sobre la pieza el material textual, ayudado siempre por H. Otten, a quien debe propuestas de nuevas lecturas paleográficas. Con todo, el libro carece de comentario filológico y de una valoración gramatical y léxica, esta última reservada al libro sobre morfología nominal luvita que proyecta escribir. Otra de las tareas no realizadas en el presente volumen y que también queda en proyecto es la de un diccionario de luvita cuneiforme, incluidos los luvismos de los textos hetitas, para renovar así la obra de E. Laroche, *Dictionnaire de la langue louvite*, París 1959. Así pues, la presente obra, completada por la parte gramatical que promete Starke, por algunas otras cuestiones de gramática y por un trabajo sobre léxico y diccionario nos dará una visión actual de la problemática luvita.

La breve introducción con que Starke encabeza su libro se ocupa del estado de la investigación del luvita cuneiforme y de lo esencial de los problemas antes mencionados: la delimitación y estructuración del *corpus* textual, el *ductus* y la datación. Siempre es útil ofrecer un estado de la cuestión, pues nos sirve para valorar las publicaciones anteriores sobre el tema y poder apreciar los elementos aportados en la nueva obra. Destacamos del libro de Starke la idea, cada vez más asumida por los anatolistas, de la progresiva autonomía de los estudios sobre el luvita respecto de los del hetita, cuyo análisis se solía aplicar hasta ahora tanto para la segunda lengua como para la primera. Tal es el caso de la datación de los textos luvitas, sobre la que ha pesado mucho la inercia de los períodos establecidos para los textos hetitas; lo mismo ocurre con la cuestión de los diferentes estratos de lengua. No obstante, la creación de una «filología» hetita ha influido para bien en el estudio de su lengua hermana. El autor insiste en la importancia de la datación textual por criterios estrictamente paleográficos, y aunque no lo expone como dato, ha formado parte del trabajo previo y se refleja en el resultado. Sería importante que el autor mantuviera su deseo de hacer una obra de carácter más filológico en la que se explicaran esos criterios paleográficos y las cuestiones referentes a la crítica textual.

Con respecto a los problemas que plantea el *corpus* en su establecimiento, tenemos el que algunos rituales comprenden varias tablillas, éstas a su vez presentan varias redacciones y versiones y además hay duplicados y paralelos de fechas distintas. Otros problemas importantes son el estado fragmentario de muchas de las tablillas, las transcripciones reales de los textos, las lecturas inciertas, el establecimiento del *continuum* de la transmisión textual, la formación de grupos y la datación de los mismos. La existencia de todos estos obstáculos lleva a la necesidad, bien expresada por Starke, de no hacer uso de un esquema rígido, sino atender más bien a cada caso particular. De estas mismas cuestiones surge también la pregunta de qué es un «texto» luvita cuneiforme: aquella pieza escrita en una tablilla que a pesar del estado de conservación y de la mezcla de contextos hetita y luvita puede ser considerada como una unidad autónoma e independiente de lengua luvita. Como esta definición puede aplicarse a muy pocos de los textos luvitas, Starke propone la aplicación del

concepto «Intexten» para aquellas piezas que no puedan ser denominadas «textos». El «Intext» es un determinado texto luvita rodeado de una descripción hetita o bien de notas o advertencias hetitas relativas al contenido y la utilización del ritual que se describe.

El trabajo de Starke queda sintetizado en algunas tablas en las que se dan porcentajes sobre el volumen de material luvita (calculados incluso por líneas) y en tablas en las que se dan datos sobre la clasificación de los textos por el *ductus* y por periodos cronológicos, también con porcentajes. La impecable presentación de la obra y su contenido innovador hacen que nos sea de gran utilidad.

LOURDES SANZ MINGOTE

EDINGER, H. G.—*Index Analyticus Graecitatis Aeschyleae*. Hildesheim-Nueva York, Georg Olms Verlag, 1981, IX + 474 pp.

El trabajo de Edinger representa un nuevo concepto de índice, que pretende proporcionar al usuario mayor información que los habituales, que normalmente se limitan simplemente a indicar la palabra y el pasaje en que aparece. Edinger señala, en efecto, las distintas formas de una palabra en el orden en que van apareciendo en cada tragedia, el número del verso, el personaje que habla y el lugar que tal forma ocupa en el verso, cuando se trata de trímetros yámbicos. Diversos signos tipográficos nos proporcionan, además, otras informaciones accesorias: cuándo una palabra ocurre en las tragedias sólo en el lugar o lugares citados, cuándo una palabra se repite en el mismo verso, cuándo se trata de una conjetura o bien los manuscritos presentan apreciables variantes. Tales indicaciones son, en nuestra opinión, sumamente aprovechables, y no compartimos, por consiguiente, la crítica negativa que del libro hace Dawe (*Phoenix* 37, 1983, pp. 83-84), para quien se trata de una obra de poca, o nula, utilidad. Con ayuda del índice podemos comprobar, efectivamente, en palabras del propio Edinger, «la recurrencia de palabras dentro de cada tragedia, la distribución de vocabulario entre personajes y coro, el balanceo dentro de cada tragedia entre palabras frecuente y raramente usadas, y la división del vocabulario entre los trímetros y las demás partes de la tragedia». La indicación del personaje que habla y de la sede métrica que ocupa la palabra no son, como opina Dawe, perfectamente inútiles, sino que pueden incluso contribuir a la resolución de problemas textuales o de autenticidad y, en el caso de la literatura fragmentaria (que, es cierto, Edinger no tiene en cuenta), a la ubicación de fragmentos en un lugar determinado del verso y su adscripción a un determinado personaje; así, vemos, por ejemplo, que la palabra εὐνή en el trímetro yámbico de Esquilo ocupa el lugar 1-2, salvo en Ag. 1626 (4-5). Tampoco conviene olvidar, por otro lado, que la indicación de la sede métrica es considerada en el «manifiesto de Urbino» como un requisito indispensable de todo léxico o índice (véase al respecto F. Lasserre, *L'Antiquité Classique* 39, 1970, pp. 206-207).

Las críticas que hace Dawe al hecho de presentar por separado el vocabulario de cada tragedia nos parecen asimismo excesivas. El método puede ser igualmente válido, aunque el *desideratum* sería que el índice fuese acompañado de un léxico en el que se trataran los diferentes significados de cada palabra en el total de la obra de un autor.

Unos cuantos pormenores habrían completado aún más el índice de Edinger. En primer lugar hubiera sido conveniente incluir también los fragmentos, para abarcar

todo el Esquilo conservado. En los artículos *δέ*, *καί*, *ὁ* (artículo) y *τε*, Edinger se limita simplemente a señalar el número del verso en que aparecen, sin indicar el personaje ni la sede métrica, cosa que podría haberse hecho sin gran esfuerzo. Cuando una palabra se encuentra en un tetrámetro trocaico, el autor indica sencillamente *τρ*, pero no precisa el emplazamiento exacto, como en el caso del trímetro yámbico. Por último, hubiera sido, a nuestro entender, preferible otra ordenación interna de los artículos: en lugar de enumerar las ocurrencias por orden de aparición en la tragedia, se podrían haber agrupado las formas iguales, precedidas del lema. Así, por ejemplo, el orden que sigue Edinger (p. 306, *Coéforos*) es *εὐχάς* (v. 126), *εὐχάς* (v. 142), *εὐχαῖς* (v. 149), *εὐχάς* (v. 213); mejor sería quizá *εὐχῆ εὐχάς* (vv. 126, 142, 213), *εὐχαῖς* (v. 149).

En definitiva, nuestra valoración del libro de Edinger es positiva, y sin duda merece la pena aplicar el mismo método a otros autores, especialmente a aquellos conservados de manera fragmentaria, pues los datos que se obtendrían podrían arrojar abundante luz sobre cuestiones de atribución y ubicación de los nuevos fragmentos que vayan apareciendo.

FERNANDO GARCÍA ROMERO

NORBERG, DAG.—*L'accentuation des mots dans le vers latin du Moyen Age*. Kungl. Vitterhets, Historie och Antikvitets Akademien, Filologiskt arkiv, 32. Upsala 1985, 64 pp.

Cualquiera que se adentre en la versificación latina acentual tropieza en seguida con diversas teorías sobre el acento, dispersas en una buena cantidad de trabajos, teorías que quieren solucionar problemas e irregularidades acentuativas aparentemente sin solución definitiva.

Tales teorías suelen consistir fundamentalmente en admitir variaciones de ritmo y arbitrariedades o equivocaciones de los poetas.

En realidad, esto sucedía porque faltaba un estudio de conjunto sobre la acentuación, verificada ésta en los propios poemas acentuativos y apoyada en particularidades prosódicas de los correspondientes modelos métricos.

Esto es lo que ha realizado Norberg en un breve libro en el que reúne observaciones que aparecían a lo largo de varios de sus trabajos. Al ampliar la documentación en que se apoyan, se vuelven de aplicación mucho más general de lo que hasta ahora podían ser y adquieren una importancia real. Tales observaciones recogidas en este libro son imprescindibles para el estudio de la versificación acentual.

Son muy conocidos los hechos acentuativos que ya se daban en la lengua latina del Bajo Imperio y cuya huella también se encuentra en las lenguas romances. También lo son las vacilaciones acentuativas a las que han dado lugar las enseñanzas y «especulaciones» (término que utiliza Norberg) de los gramáticos. Aparecen claramente sistematizados y con abundancia de ejemplos reales en los tres primeros capítulos del libro, haciendo especial hincapié en las palabras de origen griego según su época de introducción en el latín.

En el capítulo dedicado al acento secundario hay que destacar la meritoria refutación del postulado de Meyer, casi generalmente aceptado, consistente en no admitir la «cláusula hexamétrica» o ritmo «dactílico», tipo $\acute{\text{---}}\text{---}\text{---}$, pues para él un paroxitono debería llevar obligatoriamente acento secundario en la última sílaba. Nume-

rosos esquemas rítmicos demuestran lo contrario y no se debe cambiar la cadencia acentuativa como hacía Meyer para adaptarla a su postulado: así el adonio rítmico y el sáfico; son ritmos con cláusula dactílica no sólo lícitos sino, en algunos poetas, los más usuales. Por otra parte, Norberg enseña que el proparoxítono se evita en interior de verso si, caso de recibir acento secundario, chocaba con la estructura rítmica del verso; son lo que él llama proparoxítonos «antiesquemáticos».

Mucho más importante en cuanto a las consecuencias que de ella se derivan es la teoría que expone acerca de las palabras métricas —no palabras «prosódicas»— y de la acentuación de enclíticas y proclíticas.

En este punto Norberg muestra cómo el uso de los poetas no se adapta en absoluto a la acentuación clásica ni a la enseñanza de los gramáticos. Partiendo de la palabra prosódica usual (construcciones con las formas monosilábicas del verbo *sum*) una construcción como *apud me* presenta una acentuación variable según cuál de las dos palabras se quiera resaltar, puesto que, en principio, ninguna de las dos tiene acento propio; en otras construcciones aparecen sin acento o sólo con el secundario las preposiciones.

Más llamativo es el caso de dos monosílabos (que forman palabra métrica porque se admiten en fin de verso como excepción a la prohibición de monosílabos); en estas ocasiones el acento aparece sobre el primero: *in te, ex quo* en confrontación con los finales paroxítonos del resto de un poema dado. Lo mismo ocurre si se trata de un relativo o de *ut, ne, si*, seguidos de monosílabo tónico por sí; éste pierde su acento, que se traslada al primero. Esto se ha observado también con monosílabos tónicos en principio de verso o en posición débil en poemas de una absoluta regularidad acentuativa, total, si se admite esta particularidad.

El hecho de que existan construcciones clásicas como *obuiam* permite el uso de bisílabos enclíticos precedidos de monosílabo: *ámodo*. Pero ello se extiende a otros bisílabos que no lo son: tal interpretación explicaría muchas aparentes excepciones en finales de verso que terminan en bisílabo cuando el esquema del poema es regularmente de cadencia proparoxítona. También parece probarse en los finales de verso, donde la cadencia acentuativa es rigurosa, la estructura monosílabo acentuado más bisílabo con acento secundario en la segunda (cadencia del septenario yámbico, por ejemplo).

Todo ello en interior de verso es probable, pero, como el mismo Norberg reconoce, más difícil de demostrar, pues este sistema de acentuación no es obligatorio; al contrario, en los *uersus intercisi*, con una amplia utilización estilística del monosílabo, se sigue la acentuación clásica.

Sin embargo, destacamos con Norberg que estas particularidades acentuativas han sido desconocidas por los editores y estudiosos que recurren a métodos muy artificiales para solucionar el problema planteado.

Con todo, dada la abundancia del material utilizado por Norberg en la ejemplificación, aunque sea suficiente, echamos de menos una frecuencia estadística de las particularidades observadas.

M.ª ESPERANZA FLORES

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

CLAY, JENNY STRAUSS.—*The Wrath of Athena. Gods and Men in the Odyssey*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1983, XII + 268 pp.

El presente libro es una contribución importante e imaginativa a la crítica de la *Odisea*. La intención principal de la autora está dirigida a la interpretación de la epopeya, pero sus conclusiones tienen también relevancia para diversos aspectos relativos a la composición de la *Odisea* y, en general, de la cuestión homérica. La idea central del libro, sumamente novedosa y bien fundamentada, se puede resumir aproximadamente así. ¿Por qué Atenea, la diosa protectora de Odiseo, está siempre ausente desde la caída de Troya hasta que éste llega al país de los feacios? Tradicionalmente se ha sostenido que la ira de Posidón es la causa de buena parte de las aventuras de Odiseo. Sin embargo, desde la primera aventura, la del Cíclope, cuyo cegamiento causa la ira de Posidón, Atenea ya no aparece. La propuesta de C. es que las aventuras de Odiseo en su regreso de Troya están causadas por la cólera de Atenea. A la demostración de esta idea central se subordinan diversas investigaciones parciales, que, en cierta medida, son ya conocidas por la bibliografía anterior, pero que C. reúne en un conjunto sugestivo y coherente. Es difícil resumir aquí todas las piezas de la argumentación que conducen a la tesis central. Mencionaremos sólo tres cuestiones de las más relevantes.

¿Cuál es la causa? La cólera de Atenea contra los griegos tras la destrucción de Troya, que es conseguida en parte gracias al ingenio —*μητις*— de Odiseo, es bien conocida por ciertos datos que el mito narra. Pero además —y aquí C. pone especialmente el énfasis—, la causa de la cólera contra el héroe, que, como tal, está especialmente sujeto a la ira y al favor divinos, está en que ambos forman la vertiente heroica y divina de la *μητις* como procedimiento específico de lograr sus hazañas. El diálogo entre Atenea y Odiseo en *Od.* XIII es interpretado como un certamen de *μητις* entre ambos, en el que el héroe admite su derrota por la astucia de saber que ello le procurará el auxilio de la diosa en lo sucesivo.

¿Por qué cesa la cólera de Atenea? El comienzo de la *Odisea* marca el fin de la cólera de Atenea, que depona su ira, sobre todo, a la vista de la situación calamitosa en Ítaca. De ahí que el poema comience en Ítaca, que a continuación sea presentada la situación en Esparta y Pilo, que contrasta profundamente con la existente en la patria de Telémaco, que tras la primera asamblea de los dioses Atenea marche a Ítaca, no a Ogigia, y que toda la segunda parte de la *Odisea* esté dedicada a la narración de los sucesos posteriores al regreso de Odiseo a Ítaca. C. justifica este punto de vista sobre la base de la doble teodicea que caracteriza a la *Odisea*, utilizada con frecuencia por el análisis para determinar las partes procedentes de dos o más poetas independientes. C. hace observar que la atribución de una conducta moral a los dioses por parte del poeta coexiste, incluso en el mismo pasaje, con la concepción de los dioses como ajenos a los principios morales de la conducta. Esta coexistencia de ningún modo puede ser atribuida a la composición en estratos cronológicos distintos. Es, según C., la justicia divina lo que pone en movimiento la acción en Ítaca, donde sufren los hombres, de quienes los dioses necesitan en cuanto que los veneran como portadores de la justicia.

¿En qué consiste la naturaleza heroica de Odiseo? C. sostiene que la parcialidad del poeta a favor de Odiseo, observable ya en los primeros versos del poema, ha tratado de convertir a Odiseo en héroe en parte antagónico de Heracles y, sobre todo, de Aquiles, caracterizados por la *βίη*. Ambos son enfrentados —y superados— por la *μητις* de Odiseo. Para profundizar en este carácter del héroe de la *Odisea*, C. procede a un examen atento de pasajes de las *véκυιαι*, de los cantos que interpreta Demócoco en el corte del país de los feacios, de las hazañas iliádicas de Odiseo y de la historia del arco. El carácter heroico de Odiseo se ha logrado, pues, según C., gra-

cias a su enfrentamiento con Aquiles y a la demostración de que la *μητις* es superior a la *βίη*.

El resumen precedente de los aspectos esenciales del libro de C. basta para subrayar el interés del mismo. Naturalmente, el carácter novedoso e imaginativo de la interpretación propuesta puede mover a críticas en un campo en el que la demostración fehaciente es imposible y en el que las ideas tradicionales están profundamente arraigadas. Sin embargo, la interpretación que C. propone, aparte de estar expuesta con gran brillantez, es básicamente coherente y contribuye a una comprensión más rica y matizada del conjunto de la *Odisea*.

EMILIO CRESPO

PRETAGOSTINI, ROBERTO.—*Ricerche sulla poesia alessandrina*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1984, 171 pp.

Estas *Ricerche* de R. Pretagostini, profesor en la Universidad de Urbino, constituyen el vol. 48 de la serie «Filología e Critica», dirigida por Bruno Gentili. Son seis estudios en total, los cuatro primeros centrados en Teócrito y los dos últimos en Calímaco y Sótades, respectivamente. Los poetas estudiados desarrollaron su actividad en la corte ptolemaica de Alejandría durante la primera mitad del siglo III a. C., lo que ya justifica su reunión en este libro.

En la «Premessa» (pp. 7-8) Pretagostini explica el contenido de sus *Ricerche* alejandrinas. Se pasa en ellas del análisis de la estructura de una obra poética completa a la exégesis puntual de pasajes específicos de esa misma obra, del examen de un determinado hecho estilístico a la reconstrucción histórica de la fisonomía de un autor poco conocido (Sótades). La metodología adoptada varía según la índole del problema a resolver, desde una aproximación estrictamente filológica y lingüística hasta un enfoque más específicamente pragmático o antropológico.

La relación entre Teócrito, Calímaco y Sótades no se limita a la coincidencia geográfica y cronológica. Atentísimos siempre a los vientos que soplaban sobre la corte, los tres vieron cómo su producción literaria se veía influida decisivamente por el matrimonio de Ptolemeo II Filadelfo con su hermana Arsínoe II. Eran tiempos aquellos en los que la escritura podía abrir las puertas de un palacio.

De los seis trabajos que componen el libro, dos habían sido publicados con anterioridad: «La struttura compositiva dei carmi teocritei» (aparecido previamente en *QUCC* 34, 1980, pp. 57-74) y «Teócrito e Saffo: forme allusive e contenuti nuovi» (*ibid.* 24, 1977, pp. 107-118). Completan los estudios sobre Teócrito una tipología de las comparaciones en los *Idilios* (pp. 31-87) y un análisis del idilio XIII, titulado «L'Illa di Teócrito: mito e attualità», en el que se recorre con gran inteligencia la historia de Heracles e Hilas, tan genuinamente alejandrina.

Acaso el estudio más erudito de todos sea el consagrado al eruditísimo Calímaco de Cirene: «Filita, Mimnermo e il 'fantasma' di Antimaco nel prologo degli *Αἴτια* di Callimaco» (pp. 121-136). Clausura el tomo una valiosa semblanza de Sótades, «poeta del biasimo e del dissenso», como lo llama Pretagostini. Unos completísimos índices (de pasajes citados, de nombres propios, de autores modernos y de cosas notables) facilitan la consulta del tomo.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Συζήτησις. *Studi sull'Epicureismo Greco e Romano offerti a MARCELLO GIGANTE*. I. Contributi. 2. Rassegne Bibliografiche. Nápoles, Gaetano Macchiaroli Editore, 1983, 702 pp.

Los estudiosos de Epicuro y del epicureísmo conocen la excepcional labor que desde Vogliano, Bignone, Diano, etc., y por no referirme más que a una tradición reciente, han desarrollado los investigadores italianos para desentrañar el sentido y la letra de los textos del filósofo de Samos. Con posterioridad a estos grandes filólogos, las generaciones siguientes han dado también nombres importantes, como, por ejemplo, Graziano Arrighetti, quien con apenas treinta años hizo una magistral edición de los fragmentos y cartas de Epicuro, y Marcello Gigante, el extraordinario filólogo e impulsor de los estudios sobre Epicuro y su escuela. A Gigante, y en homenaje a su obra, se dedican estos dos volúmenes.

El primero de ellos comprende diecisiete artículos relacionados con problemas del epicureísmo. Las colaboraciones de Barigazzi sobre el concepto epicúreo de seguridad, en una sociedad donde el individuo se aniquila; de E. Acosta Méndez sobre el pasaje X 14,1-2 de Diógenes Laercio; de R. Müller sobre normas jurídicas en Epicuro; de Glidden sobre semántica epicúrea; de Fowler sobre Lucrecio, el *clinamen* y la voluntad; de De Lacy sobre Lucrecio y Platón, etc., son algunas de las contribuciones más importantes.

El segundo volumen es una utilísima bibliografía comentada, y que completa las de Olivier-René Bloch, «État présent des recherches sur l'épicurisme antique», publicado en las *Actes du VIII Congrès de l'Association Guillaume Budé*, París, Les Belles Lettres, 1969, pp. 93-138; y H. J. Mette, «Epikuros 1963-1978», aparecido en la revista *Lustrum*, vol. 21, 1978, pp. 45-114. La primera parte de esta bibliografía, obra de Giovanni Indelli, recoge fundamentalmente trabajos sobre distintos aspectos de la filosofía de Epicuro, mientras que la segunda parte, de Mario Capasso, reseña los estudios sobre ediciones de textos, sobre la historia del epicureísmo desde los comienzos de la era cristiana hasta nuestro siglo, así como la historia de la historiografía desde Marx hasta Philippson. También Anna Angeli ha recopilado y descrito la bibliografía de Filodemo, y Carlo Di Giovine la de Lucrecio.

En el prólogo de la obra, Giovanni Pugliese Carratelli hace una exposición de las aportaciones de Marcello Gigante a la filología clásica y, más especialmente, al campo de la papirología herculanense, al *Herculanensis carbo*, donde el entusiasmo y la capacidad intelectual y organizadora de Marcello Gigante están dando espléndidos frutos.

EMILIO LLEDÓ

WILLIAMS, G.—*Technique and Ideas in the «Aeneid»*. New Haven y Londres, Yale University Press, 1983, X + 301 pp.

El a. continúa en este libro la metodología seguida en su *Figures of Thought in Roman Poetry* (EMERITA 52, 1984, pp. 176-177), aplicada a la lírica y elegía latinas desde Catulo a Horacio. Restaba la obra cumbre de la literatura latina, la *Eneida* de Virgilio, objeto de la presente monografía.

Es evidente que la *Eneida* es un producto de una larga tradición épica tanto en técnica compositiva como en contenido. Ahora bien, la *imitatio* virgiliana no fue ni mucho menos servil a Homero o a Apolonio de Rodas, sino que añade algunas mo-

dificaciones que la hacen diferente. A nadie se le escapa que Dido debe no poco a la Calipso homérica, a la Medea de Apolonio y a la Ariadna catuliana, pero la pintura de la fenicia en Virgilio supera a todas las demás por su trágico amor no correspondido. Y la misma figura de Eneas, forjada sobre la de Odiseo (libros I-VI) y la de Aquiles (VII-XII) dista mucho de esos héroes homéricos, a quienes supera en humanidad y romanidad. No es que Eneas sea el antihéroe épico, sino el héroe latino del s. XII a. C. dotado de la temporalidad del romano ideal del s. I a. C.

Pues bien, ideas como las expresadas arriba y muchas más son analizadas por el Prof. G. Williams a través de la técnica de las figuras de movimiento y conexión, como el símil, la *sustentatio* o «anticipación temática», la construcción anular y las transiciones. Mediante, por ejemplo, la *Ringkomposition*, Virgilio puede crear una atmósfera de expectación desde el libro X hasta el final. Así, la muerte de Palante a manos de Turno (X 495-505) sirve para preparar la del héroe rútilo al final de la obra (XII 930-952).

Pero hay más. El a. analiza lo que da en llamar «el marco objetivo» de una obra, es decir, expresar una cosa (campo primario) y querer decir algo diferente (campo secundario). Ello se detecta por medio de las relaciones de contigüidad y semejanza, o incluso a través de la voz del poeta. El campo secundario, que no aflora a primera vista, puede ser reconstruido por medio de los índices de proporcionalidad. Veámoslo en la práctica. Virgilio narra los hechos del s. XII a. C.: caída de Troya, exilio al Lacio, enfrentamiento entre Eneas y Turno; es el campo primario. Pero, al mismo tiempo, dichos acontecimientos se relacionan metonímicamente con la historia de Roma y, de manera muy especial, con la época de Augusto. Las palabras de Anquises en el Infierno (VI 756-886) se aplican no a Eneas, sino al pueblo romano, en general, y a la época de Augusto, en particular (cf. pp. 144-149). Mas Virgilio no se detiene únicamente en el mundo de Augusto, sino que la voz del poeta mantuvo penetra en la misma condición humana. Una voz que emerge imperceptiblemente en los símiles, los apóstrofes, los epitafios y los comentarios personales del poeta.

Entre tantos libros sobre la *Eneida* creo que éste destaca por la independencia de sus análisis técnicos y por la penetración de sus ideas. Forma y contenido caminan al unísono en las interpretaciones del maestro de Yale, quien a su excelente pluma une la vitalidad con que transmite su magisterio.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

Colloquium Propertianum (tertium), Assisi, 29-31 maggio 1981. *Atti*. Asís 1983, 162 pp.

Las primeras cuarenta y dos páginas están dedicadas a la crónica del Coloquio que versó sobre «Fermentos de novedad en el clasicismo de Propercio». En ellas se reflejan las diferentes opiniones de los profesores asistentes sobre las conferencias pronunciadas por seis especialistas de la poesía de Propercio.

Giovanni d'Anna («Il rapporto di Properzio con Virgilio: una sottile polemica col classicismo augusteo») compara al poeta de Asís con Virgilio y Horacio, con quienes coincide en el refinamiento formal que procede de los preceptos calimaqueos y neotéricos, pero se diferencia tanto en los modelos como en los temas.

Michael von Albrecht («Properzio poeta augusteo») se ocupa de la imagen que se forma Propercio sobre la Roma augustea; lo ve a través del análisis de la elegía

que abre el libro IV, de carácter programático. El poema se estructura en dos partes contrastadas: discurso de Propertio (vv. 1-70) y palabras de Horos (vv. 71-150). En la primera, el poeta se presenta como el Calímaco romano, mientras en la segunda el astrólogo le aconseja mantenerse fiel a la poesía erótica. Es el prelude de los dos tipos de poesía de su último libro: etiológicas de carácter romano (IV 2, 4, 6, 9 y 10) y eróticas (IV 3, 7 y 8); la última, la famosa *regina elegiarum* (IV 11), aúna lo romano con lo amoroso. Especialmente interesante es la relación que establece entre la IV 1 y el epodo XVII de Horacio. Asimismo, nos parece un gran acierto tener en cuenta las dos últimas elegías del libro tercero (ruptura con Cintia) para entender mejor la primera del libro cuarto.

Paola Pinotti («Properzio e Vertumno: anticonformismo e restaurazione augustea») estudia la segunda elegía del libro IV, dedicada al dios etrusco Vertumno. El poema está construido bajo la forma de los himnos, como la a. nos muestra a través de un análisis pormenorizado de los tópicos de los himnos a los dioses, especialmente a Isis.

Francis Cairns («L'elegia IV 6 di Propertio: manierismo ellenistico e classicismo augusteo») rebate la valoración negativa que ha merecido esta elegía a algunos críticos, pero no entro en detalles, puesto que una versión aumentada del presente trabajo ha aparecido en *Politics in the Age of Augustus* (Cambridge 1984, pp. 129-168 y 229-236) con el título de «Propertius and the battle of Actium (4.6)». Allí remito al lector. Baste apuntar que valora el poema como un elogio a la victoria de Augusto en Accio bajo la forma de un himno coral compuesto con motivo de la fundación del templo de Apolo Palatino.

Giovanna Gargarino («Epiloghi Properziani: Le elegie di chiusura dei primi tre libri») estudia los finales de los tres primeros libros de Propertio. La última poesía del libro I responde a la forma literaria del sello o *σφραγίς* con datos autobiográficos del poeta, pero variando el género con la introducción en la segunda parte de elementos del epigrama funerario. La elegía II 34, que cierra el libro II, se ajusta al modelo de epílogo literario con los tópicos del valor de la propia poesía, mención de los modelos griegos, y catálogo de predecesores latinos con el célebre elogio a Virgilio en la parte central. Por último, las dos elegías del *discidium* o ruptura con Cintia (III 24 y 25) simbolizan la intención de Propertio de abandonar la poesía amorosa. Representa el final del ciclo dedicado a Cintia.

En último lugar, Hermann Tränkle («Properzio poeta dell'opposizione politica?») contempla la posición de Propertio respecto a Augusto. El poeta de Asís, según el a., no se opone a la política de Augusto, sino a sus reformas morales (cf. II 7), que le separarían de Cintia. Dos poesías del libro tercero, la 11, sobre la batalla de Accio, y la 18, a la muerte de Marcelo, constituyen un homenaje a la casa imperial, sin contar algunas del libro IV, como la primera y la sexta, de clara exaltación romana y augustea.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

HARDIE, ALEX.—*Statius and the Silvae. Poets, Patrons and Epideixis in the Greco-Roman World*. ARCA Classical and Medieval Texts, Papers and Monographs, 9. Liverpool, Francis Cairns, 1983, VIII + 261 pp.

Se trata de una reelaboración de la tesis doctoral que el a. presentó en la Universidad de Oxford en 1976. La obra está distribuida en tres partes. En la primera

(«Poetas y patronos») se ven los orígenes de Estacio, quien procedía de Nápoles, donde las influencias griegas eran muy acusadas. Las *Silvas*, viene a decirnos el a., están en la tradición de los *docti poetae* o poetas profesionales griegos que componían poesías diversas en recitaciones epidícticas con motivo de ocasiones especiales; se trataba de poesía efímera, con frecuencia de poco valor. Dos aspectos positivos hay que resaltar en esta primera parte. De un lado, el haber relacionado esta poesía profesional griega con la compuesta por Estacio e incluso por Marcial. De otro, haber demostrado que la poesía itinerante no fue exclusiva de la época tardía, como quería A. Cameron (*Historia* 14, 1965, pp. 470-509), sino que no dejó de existir desde el s. II a. C. El poeta Arquias, tan bien pintado por Cicerón, es un ejemplo de esta clase de poetas itinerantes.

En la segunda parte («Epideixis») se ponen las bases para la comprensión formal de las *Silvas*. La relación entre la poesía menor de Estacio y la retórica epidíctica fue establecida por F. Leo ya a finales del s. pasado. Lo que el a. añade es la influencia de la teoría retórica de la época en su poesía. Retórica y poesía comenzaron a influirse mutuamente hasta llegar a su punto culminante con el gran sofista del s. II d. C. Elio Aristides. Entre retórica epidíctica y poesía hay un continuo trasvase de composiciones genéricas, que podían ser tratadas tanto en prosa como en poesía: discursos o poemas de bienvenida, de despedida, de acción de gracias, de aniversario, de boda, de consuelo a la muerte de alguien, himnos a dioses, y muchos otros. Éste es el marco formal de los poemas de ocasión de Estacio. Sirvan de ejemplo las *Silvas* II 6, un epicedio, la I 2, un epitalamio, y la II 7, un *genethliakón* o poesía de cumpleaños. Todas ellas son analizadas con detalle por el a.

El epigrama griego constituye otra fuente de inspiración de las *Silvas*. La III 4 es analizada como ejemplo de expansión de un epigrama; se trata de un *anathematikón* escrito para celebrar la dedicación, en el templo de Asclepio en Pérgamo, del cabello del copero de Domiciano (cf. Mart., IX 16, 17 y 36). Se continúa la costumbre griega de componer epigramas honoríficos para celebrar el primer corte de cabello y su dedicación a un dios. La silva I 1, de otro lado, sigue la tradición de los epigramas descriptivos; es una ékfrasis sobre una estatua ecuestre dedicada a Domiciano por el senado en el año 89 d. C.

En la última parte («Un poeta napolitano en Roma») se nos describe a Estacio como un poeta profesional educado en un mundo griego, donde proliferaba un modo «público» de hacer poesía sobre acontecimientos «privados» de época flavia. Su postura, nos recuerda el a., se sintetiza en el pindárico *ἴδιος ἐν κοινῷ σταλείς*. La silva V 2 (*Laudes Crispini*), un *propemptikón* o poema de despedida con motivo del nombramiento de Crispino como *tribunus militum*, da pie al a. para ilustrar cómo Estacio emplea su *persona* como *uates* y como *amicus*, jugando con temas «públicos y privados». En las *Silvas* se refleja la vida privada de sus destinatarios, como sus posesiones (cf. la alabanza del vino de la Bética en II 7) o sus creencias filosóficas (p.e. el epicureísmo de Manilio Vopisco en I 3). También la vida pública emerge en muchas silvas. Salta a la vista que Domiciano domina sus poemas, pero tampoco faltan senadores (I 4) o libertos (III 3 y V 1).

Las notas, cuya colocación al final es molesta, una amplia bibliografía y dos valiosos índices cierran un libro que estimo indispensable no sólo para el conocimiento de Estacio, sino también para el del ambiente literario en que surgió su poesía.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

Santuari e politica nel mondo antico. A cura di MARTA SORDI. Contributi dell'Instituto di Storia Antica, IX. Milán, Pubblicazioni della Università Cattolica del Sacro Cuore, 1983, VIII + 245 pp.

La evidente vinculación entre religión y política en el mundo antiguo no ha sido, pese a su importancia, objeto de muchos estudios: ambos temas suelen ser siempre abordados separadamente. En los últimos años, sin embargo, ha ido creciendo el interés por dicha relación y han sido publicados algunos trabajos; uno de los más recientes es el de MacBain, *Prodigy and Expiation: a Study in Religion and Politics in Republican Rome*, aparecido en 1982 en la colección «Latomus».

El Instituto de Historia Antigua de la Universidad de Milán ha centrado sus últimos seminarios, desde el año 78/79, en esta temática, dando a conocer sus sesiones en los célebres «Contributi». El volumen anterior, el octavo, se dedicó al santuario de Atenea Iliaca y al Paladión y sus resultados animaron a la celebración de un nuevo seminario en 1980/1981 sobre «santuarios y política en el mundo antiguo» cuyas intervenciones se recogen en el presente volumen.

La obra abarca numerosas colaboraciones, tanto sobre el mundo greco-asiático como sobre el romano y provincial, amplitud que nos impide realizar en estas páginas una crítica detenida sobre cada una de ellas.

Constituye un acierto abrir el estudio con los artículos de M. Morani y C. Milani sobre el problema de la terminología y las expresiones usadas por los antiguos para indicar, como señala Sordi, la realidad cultural, arquitectónica y social que para nosotros entraña el término «santuario». El vocabulario griego y latino es particularmente rico para designar esta realidad, por lo cual se consideran en el trabajo como tales aquellos lugares en los cuales un culto asume continuidad y tradición.

Al mundo griego y greco-asiático se dedican seis artículos. El primero de ellos, de Mario Attilio Levi, se consagra a los «Templi e schiavi sacri in Asia Minore», tema ya parcialmente tratado por el autor en el *Homenaje a García y Bellido* (volumen IV) a propósito de la inscripción IG XIV 1024.

Siguen al de Levi los artículos de Cinzia Bearzot sobre «La guerra leleante e il κοινόν degli Ioni d'Asia»; Luisa Prandi, «L'Heraion di Platea e la festa Δαίδαλα»; Michela Ciccio, «Il santuario di Damia e Auxesia e il conflitto tra Atene ed Egina»; Fabio Mora, «Policrate e il santuario di Delfi», y Franca Landucci, «Demetrio Poliorcete e il santuario di Eleusi».

La segunda parte, dedicada al mundo romano y provincial se abre con el artículo de Marta Sordi sobre «Il santuario di Cerere, Libero, Libera e il tribunato della plebe». La autora rechaza el sincronismo entre la fundación del templo en el Aventino —que fecha en el 493 a. C.— y el inicio del tribunato de la plebe que sitúa a partir del 471 a. C. Al mismo tiempo expone las razones que llevaron a la plebe romana a elegir dicho templo como centro sacral.

Alberto Barzanò nos introduce en los siglos del Imperio con su artículo sobre «Il santuario di Pafo e i Flavi». El momento más importante de este santuario situado en la extremidad sudoccidental de la isla de Chipre, cuya evolución histórica nos presenta desde sus orígenes el autor, es en época romana la visita del que será emperador Tito, en los primeros meses del año 69 d. C. Barzanò considera el oráculo dado por la diosa de Pafo a Tito como el primer apoyo concedido por el mundo religioso oriental a la nueva dinastía Flavia.

El trabajo siguiente, de Giuseppe Zacchini, «Il santuario della *dea Caelestis* e l'*Historia Augusta*», trata de reconstruir las relaciones del santuario cartaginés de la diosa *Caelestis* —denominación latina de la púnica Tanit— y su culto, con el poder

central de Roma y, al mismo tiempo, examinar el valor histórico de los testimonios de la *Historia Augusta* respecto a dicho santuario.

Cierra esta segunda parte el trabajo de Marta Giaccherio, «Santuari indigeni nell'Impero romano: i cavalieri danubiani e il cavaliere trace», en el que estudia el origen y el carácter del culto de los caballeros danubianos, desarrollado sobre todo en un ambiente militar e íntimamente ligado a las victorias romanas en las guerras dácicas, de significado muy diverso al de la religión de la caballería tracia.

Por último, en una tercera parte, se expone «Un esempio di continuità religiosa dall'Antichità al Medioevo: il santuario garganico»; en ella se incluyen los artículos de Domenico Lassandro, «Culti precristiani nella religione garganica», y de Giorgio Otranti, «Il Liber de apparitione, il santuario di san Michele sul Gargano e i Longobardi del Ducato di Benevento». La continuidad cultural de la rica zona del Gargano, desde época arcaica al alto Medioevo, justifica sobradamente estos estudios sobre los primeros siglos del cristianismo en la Apulia.

Es indudable que el presente volumen no agota la temática tratada; así, por ejemplo, la época republicana cuenta con un solo estudio. Nuevas investigaciones, incluso sobre épocas y culturas distintas, enriquecerán sin duda nuestros conocimientos de los sistemas políticos y permitirán captar el grado de influencia de las antiguas religiones.

El próximo número de los «Contributi», según nos anuncia Marta Sordi en su presentación, quedará dedicado al tema «santuarios y guerra en el mundo antiguo». Deseamos que alcance la calidad científica del presente. El acierto en la elección ya lo ha tenido.

SANTIAGO MONTERO HERRERO

DEUSE, WERNER. — *Untersuchungen zur mittelplatonischen und neoplatonischen Seelenlehre*. Akademie der Wissenschaften und der Literatur, Mainz. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1983, 278 pp.

Werner Deuse, conocido fundamentalmente por su edición y comentario de Teodoro de Ásina, nos ofrece en este volumen la doctrina del alma desde el platonismo medio hasta el neoplatonismo, Porfirio y Jámblico concretamente, aunque el filósofo de Calcis quede como mero apéndice al final de la obra. La investigación fue llevada a cabo para una «Habilitationsschrift» en 1979 (p. 5), pero hasta pasados cuatro años no vio la luz. El trabajo se inscribe en la tendencia, ya muy marcada, de abarcar en el análisis de un tema también el platonismo medio —del que contamos ya con obras de conjunto como las de Dillon y estudios tan interesantes como los de Dörrie— y, a su vez, viene a llenar una cierta laguna en el ámbito de la doctrina del alma hasta Jámblico, fundamentalmente en lo que a Porfirio se refiere. Así trabajos ya clásicos como el volumen III de *La révélation d'Hermès Trismégiste* de Festugière (París 1953) o *Histoire de la psychologie des Grecs*, III-V, de Chaignet (París 1890-1893) se ven completados.

La obra comprende dos partes bien diferenciadas. En la primera, centrada en el platonismo medio (pp. 7-112), se pasa revista a la doctrina del alma en autores como Plutarco, Ático, Numenio y Albino fundamentalmente, aparte de otros platónicos del tipo de Máximo de Tiro, Justino y Apuleyo, Galeno y Severo. La segunda parte se centra ya en el neoplatonismo: Plotino (pp. 113-128), Porfirio (pp. 129-230)

y un simple esbozo de Jámblico (pp. 231-235), finalizando con un excursus, bibliografía e índices correspondientes.

El centro de la obra es Porfirio, a quien está dedicado el mayor número de páginas. De la primera parte el núcleo expositivo lo constituye la figura de Plutarco. Ambos casos son explicables. El primero por haber sido menos estudiado en este aspecto, el segundo por el problema de las fuentes. Nuestro conocimiento del platonismo medio se apoya fundamentalmente en resúmenes escolares y testimonios indirectos transmitidos esencialmente por los neoplatónicos. Y si escasa es la transmisión, aún más lo es en lo relativo a la doctrina del alma, salvo en el caso de Plutarco, donde contamos con el *De animae procreatione in Timaeo*, aparte de recurrencias en *De Iside et Osiride*, *De facie in orbe lunae* y *De genio Socratis*. Además, en el caso de Plutarco tenemos posiciones tan encontradas en lo relativo al alma como las de Von Arnim y Hamilton, por citar sólo dos ejemplos, respecto a la relación *noús*-alma en el filósofo de Queronea. El hombre es un ser compuesto de tres elementos —cuerpo, alma y *noús*—, de los que el *noús* no es una parte del alma, ni ésta del cuerpo (*De facie* 943 a), o bien el alma es una degradación del *noús* (*De genio* 591 d). Deuse examina detenidamente los textos plutarquianos, fundamentalmente el *De animae procreatione*. La relación *noús*-alma era ya un tema que llevaba varios siglos de discusión y culmina en el s. II d. C., anunciando la jerarquización neoplatónica.

La segunda parte, como ya dijimos, se centra en el neoplatonismo hasta Jámblico, pero fundamentalmente en Porfirio, contando con antecedentes tan prestigiosos como los de Blumenthal o Dörrie. En el caso de Plotino Deuse insiste básicamente en tres puntos: el *noús* engendrador del alma, unidad del alma y el concepto de unimultiplicidad. El alma procede de la Inteligencia, como ésta, a su vez, procede del Uno-Bien, pero en esta tercera hipóstasis se dan dos niveles: uno superior o alma intelectiva y otro inferior o alma inmanente, pero no son dos hipóstasis sino dos caras de la misma moneda, el concepto de «Seelenkontinuum». El alma es una, indivisible, a pesar de que aparezca dividida en los cuerpos.

En el caso de Porfirio su análisis se efectúa a dos niveles: la transmigración de las almas y el alma en sí. En el primer nivel se enfrenta el autor a la aparente discordancia entre las fuentes. Mientras que Agustín (*De civitate Dei* X 30) nos informa de que Porfirio *emendavit* a Platón, pues las almas humanas sólo se encarnan en cuerpos humanos, Eneas de Gaza (p. 12, 1-25 C.), a propósito de pasajes como *Fedón* 81 e s. y *República* 620 a ss., dice que los discípulos de Platón en este punto difieren, unos que entienden fieras en sentido literal y otros, como Porfirio, en sentido metafórico, como también informa Nemesio (*De natura hominis*, p. 116, 2 - 117, 1 M.). Por su parte Estobeo nos ha transmitido dos informaciones al respecto: una (I 445 ss.) respecto a la exégesis alegórica del pasaje de la *Odisea* de Circe y los compañeros de Ulises, versos en los que Porfirio encontraba «un enigma de lo dicho por Pitágoras y Platón respecto al alma», en el sentido de que aun siendo «indestructible y eterna», no es ni *ἀπαθής* ni *ἀμετάβλητος*, pues según la vida llevada se encarna en el siguiente cuerpo; la otra, II 163 ss., corresponde a *Sobre el libre arbitrio*, donde insiste una y otra vez en la diferencia entre *βίος*, entendido como tipo de existencia, y *ζωή*, el hecho de vivir, la vida: el alma puede escoger el *bios*.

En el segundo nivel, el estudio del alma en sí, Deuse se propone analizar cómo Porfirio ha intentado armonizar racionalidad e irracionalidad sin que se rompa la unidad del alma. Tras aludir al trabajo de Dörrie sobre el alma en Porfirio, donde se destacaban el concepto de unidad y la doble vida del alma, en sí y en relación con el cuerpo, Deuse, a partir de *Ad Gaurum* (p. 42,18 - 43,1 K.) y de las *Sententiae* fun-

damentalmente, analiza el orden de procesión en Porfirio y sus distintos niveles, destacando el concepto de «Seelenkontinuum», finalizando con un análisis del *pneuma* del alma «a partir de las esferas» (*Sent.* 29), en conexión con los *Oráculos Caldeos* esencialmente. Jámblico, como en tantos otros aspectos, supondrá un giro que sólo queda apuntado en las pocas páginas que le dedica Deuse (pp. 231-235).

En resumen, una buena obra en su conjunto, aunque en los casos de Plotino y Jámblico esperaríamos mayor profundidad.

E. A. RAMOS JURADO

HAGENDAHL, HARALD.—*Von Tertullian zu Cassiodor. Die profane literarische Tradition in dem lateinischen christlichen Schrifttum.* Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, XLIV. Gotemburgo 1983, 183 pp.

El presente libro fue escrito en 1971 como contribución a la obra *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, lo que no pudo ser realidad debido a las enormes proporciones que ésta llegó a adquirir. Estudia la relación que la literatura cristiana latina guarda con la tradición literaria y escolar de la antigüedad a lo largo de los tres siglos y medio que van desde Tertuliano hasta Casiodoro. En el capítulo referente a la cuestión de la lengua de la Iglesia en el período preconstantiniano ofrece una excelente síntesis, no sin valiosísimas observaciones, sobre la introducción del elemento vulgar en la literatura por parte de los escritores cristianos latinos y la actitud de éstos frente al dilema: lenguaje bíblico o prosa de arte. El desarrollo de la exposición va mostrando cómo, pese a la contraposición que media entre el mensaje cristiano y la mentalidad antigua, los escritores eclesiásticos fueron adaptándose en su estilo y en su lengua a las normas de la prosa de arte profana y siguiendo, unos más y otros menos, las manifestaciones y modas, apropiándose los géneros literarios y haciendo uso de los autores, no obstante sentir siempre la literatura pagana como algo ajeno. Tertuliano y Lactancio indican los extremos, entre los que median el afectado indiferentismo de Cipriano y el sentido propagandístico de Minucio Félix, tendencias todas ellas que perduran hasta los comienzos de la Edad Media con vitalidad variable. La lectura del presente libro es muy útil, por no decir necesaria, a todo aquel que se interese por la literatura cristiana latina y por la continuidad de la tradición escolar y literaria de la antigüedad.

ÁNGEL ANGLADA

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

JANNI, PIETRO.—*La Mappa e il Periplo. Cartografia antica e spazio odologico.* Roma, Giorgio Bretschneider, 1984, 184 pp.

Hoy día sería prácticamente algo impensable el leer las fuentes clásicas sin tener ante los ojos un buen *Atlas Histórico* que nos permita seguir con detalle los movimientos de los ejércitos antiguos, la ubicación de sus ciudades, sus posibilidades de comunicación, etc. Y esta concepción, que arranca tan sólo de la época renacentista, se ha ido imponiendo, de una forma o de otra, en todos aquellos que han tratado

del problema de la Geografía en el Mundo Antiguo. Según ellos, los griegos primero, y los romanos más tarde, dispondrían de mapas, más o menos rudimentarios y, sobre todo, los emplearían con una asiduidad comparable a los actuales Estados Mayores.

Frente a esta corriente de opinión se alza el libro de P. Janni que aquí comentamos. Tras un detenido análisis de todos los datos que poseemos acerca del indudable conocimiento de mapas en la Antigüedad, concluye que «no hay un solo autor antiguo que muestre con seguridad mapas en manos de un comandante militar, de un navegante o de un viajero» (p. 24) y que los únicos documentos que son empleados por éstos (es decir, que reciben un «uso práctico») son itinerarios y periplos (p. 26).

Pero el razonamiento del autor no se detiene aquí; más bien, esta constatación le permite definir un esquema de comprensión del mundo que él llama (siguiendo al psicólogo K. Lewin) «espacio hodológico», que sería, por consiguiente, la representación que del espacio tiene el hombre, tal y como lo ve según lo va recorriendo.

Lo importante de esto es que este espacio hodológico es un espacio «vivido» (p. 94) en el sentido de que su existencia (su existencia para el hombre, subjetiva por consiguiente) depende, precisamente, de su «actualización». (En potencia, el hombre puede disponer de varias alternativas y posibilidades cuando camina o cuando viaja, pero «su» espacio propio es aquel que ha elegido, aquel que ha seguido en acto.) Y este espacio hodológico es, por ello mismo, unidimensional, como corresponde a lo que no es otra cosa que una línea. El pensamiento geográfico antiguo es, pues, hodológico y no cartográfico. Todo ello es de una importancia trascendental cuando tenemos que enfrentarnos con la lectura y comprensión de algún autor antiguo. ¡Cuántas veces éstos han sido tratados de embusteros e ignorantes por los críticos modernos! Pero también, ¡cuántas veces algunos geógrafos antiguos han tachado de semejante modo a sus contemporáneos y predecesores cuando sus descubrimientos iban en contra de «su» idea del mundo! Porque el espacio hodológico (espacio «vivido») se basa en una experiencia propia, que no siempre tiene que coincidir con las de los demás. De ahí la dificultad que posee la «descodificación» de esas informaciones para que nos sean útiles. Y quizá para ello la primera medida a tomar debería ser «olvidarnos» de nuestra mentalidad «cartográfica» y pensar que, en principio, estamos en igualdad de condiciones con un oyente o lector contemporáneo de Hecateo, o de Estrabón, que oyen hablar por primera vez de algún país y que, con los datos que reciben, pueden hacerse una ligera idea de su situación, forma, configuración de sus costas, carácter de sus habitantes, riquezas, etc., y más aún, con un piloto que con los datos esquemáticos que le proporcionan los periplos (y conservamos varios de ellos) puede navegar de un extremo a otro del Mediterráneo con una relativa seguridad.

La obra de Janni es altamente sugerente ya que, al ir acompañada aquí y allá de casos prácticos que permiten comprobar cómo hay que entender los diferentes términos y conceptos que emplean los geógrafos antiguos (el «más allá» y el «más acá», el «frente a», el «entre», etc.), posibilita al estudioso la interpretación, por su cuenta, de los datos de tipo geográfico que el autor clásico en cuestión presente.

Pero esta reseña no quedaría completa si no incidiera en una cuestión que me ha inquietado (y esta inquietud, he de reconocerlo, he de agradecerla a las sugerencias que aporta Janni), y que es la siguiente: tras la lectura del presente libro queda claro el hecho de que la concepción antigua del espacio geográfico (hodológico-unidimensional) es radicalmente opuesta e irreconciliable con la nuestra (cartográfico-mate-

mático-bidimensional), y que, por mucho que nosotros nos esforcemos por comprenderla y asimilarla (a pesar del *desideratum* metodológico que yo planteaba antes), jamás lo conseguiremos. Si esto es así, la consecuencia inmediata que yo extraigo, y que no puede dejar de inquietarme, repito, es que la «visión» que el hombre antiguo tenía del mundo que le rodeaba era diferente a la nuestra, hasta en sus más mínimos detalles. Por ello, aunque una montaña, un valle, una playa, sigan siendo los mismos, el hombre actual y el hombre antiguo no los han visto de la misma forma, y no los han introducido en su bagaje de experiencias de la misma manera: así pues, no los han «vivido» del mismo modo. El hombre, por consiguiente, «percibe» de distinto modo el espacio que le rodea y «crea» su propio espacio. (Las consecuencias «psicológicas» que derivarían de esto probablemente serían aterradoras para el estudioso del mundo antiguo, que no estudiaría ya los hechos humanos en un espacio concreto y fácilmente aprehensible, sino que lo haría con referencia a un espacio que no tendría por qué serle familiar de ninguna manera.)

Si hubiera que resumir en pocas palabras las principales aportaciones de Janni, yo no dudaría en afirmar que, junto con un rotundo (¿y definitivo?) rechazo de aquellas teorías que postulan un empleo cotidiano de los mapas en la Antigüedad, y la propuesta de una nueva forma de enfocar el problema, hay en este libro un filón de nuevas ideas y sugerencias, parcialmente desarrolladas ya por el propio autor, pero que necesitarían ampliarse a través de un exhaustivo estudio de cada autor antiguo, bajo el nuevo enfoque, del que, sin duda, surgiría un nuevo tipo de visión del hombre antiguo; hombre que no se plantea su presencia en la tierra como en una superficie, sino como en una línea (un trayecto) o en una multitud de trayectos. Nuestra posición se define con referencia a unas coordenadas (objetivas) que identifican un punto en una superficie; el hombre antiguo define su posición con referencia a un recorrido que une entre sí varios puntos subjetivamente determinados. Por fuerza, se tratará de dos mundos diferentes.

Si un libro debe «sugerir» a sus lectores nuevas posibilidades, no hay ninguna duda de que el de P. Janni lo consigue, y desde estas líneas le animamos a que continúe por este camino apasionante de la concepción (y «creación») del espacio por el hombre antiguo.

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO

CARLIER, P.—*La Royauté en Grèce avant Alexandre*. Estrasburgo, AECR, 1984, XIV + 562 pp.

La realeza es, seguramente, la forma de gobierno más antigua que ha conocido el mundo griego; sin embargo, el hecho de que en el momento en que disponemos de más información, esto es, en la época clásica, la Hélade se encontraba regida, en su mayor parte, por sistemas diferentes de la misma, así como la visión en cierto modo peyorativa con que los griegos obsequiaban a tal sistema, han determinado la escasa atención que el tema de los reyes griegos prehelenísticos ha recibido en los estudios clásicos, salvo la obvia excepción de la realeza espartana acaso debida, precisamente, a lo inusitado de la misma.

El libro de Carlier viene a cubrir, y por cierto que con creces, este hueco en la investigación. Iniciando su exposición en las realezas de época micénica, pasa revista a los reyes homéricos para, acto seguido, introducirse en el problemático aspecto de la realeza en las ciudades griegas, donde dedica sendos capítulos a la espartana, ate-

niense, y a la del resto de las *pólis* griegas, agrupadas geográficamente, para, al final, establecer los «tipos de realeza» que aparecen en todas ellas. Una Conclusión General, que viene a ser una especie de historia resumida de la realeza en el mundo griego, da fin a la obra.

Ante la evidente imposibilidad de analizar en detalle todas y cada una de las aportaciones del trabajo de Carlier, me limitaré a llamar la atención sobre algunos aspectos que a mi juicio son interesantes.

Por lo que se refiere a la época micénica explica Carlier el origen de la realeza a partir de una especie de diversificación y especialización de determinadas familias dentro de la aristocracia dirigente, y parece encontrar un cierto apoyo en la arqueología. La interpretación, es cierto, es ingeniosa, aun cuando acaso también cabría pensar en un proceso de tipo inverso, esto es, surgimiento de una serie de familias notables a la sombra de un poder «real» *avant la lettre*, heredero de formas de poder unipersonal acaso propias de pueblos en migración como, hasta hacía poco, habían sido los propios griegos.

En otro orden de cosas, es realmente interesante la afirmación de Carlier, basada en su análisis de las características de los *wa-na-ka* micénicos, de que existe una continuidad en la ideología real entre la época micénica y la homérica, a pesar de las diferencias sociales y económicas presentes, y a pesar también de la diferencia de vocabulario que ha aparecido en el tránsito entre una época a la otra (*wa-na-ka* = *ἄναξ* en época micénica, frente a *βασιλεύς* en época homérica). La explicación que da de la evolución semántica de la palabra *βασιλεύς* tiene en cuenta la transformación que supone la desaparición de la superestructura palacial micénica y la ocupación del hueco que deja por los «jefes», llamados *qa-si-re-u* según las tablillas en Lineal B. Sin embargo, a mí personalmente me hubiera gustado ver en la obra la explicación que da Carlier del tránsito del mundo micénico al homérico o, lo que es lo mismo, del final de la Grecia Micénica y el paso, a través de los siglos oscuros, a la época arcaica, en un campo como es el de la realeza que, al menos, en el plano mítico o semilegendario, juega en las tradiciones locales de las *pólis* griegas el papel de hilo conductor entre la «prehistoria» y la «historia». Aun dentro del mundo micénico es interesante y creíble su opinión, correctamente argumentada, de que la «burocratización» del mundo palacial micénico no es, seguramente, tan grande e intensa como se ha venido defendiendo.

Pasando al mundo homérico, Carlier delimita el significado de los términos con connotaciones reales: *ἄναξ* se aplica a alguien con una autoridad fuerte; es una palabra ya en vías de extinción y limitada prácticamente al mundo de los dioses. *Βασιλεύς*, en singular, es el rey, el jefe supremo de una comunidad política; sin embargo, *βασιλῆες*, en plural, sería el conjunto de miembros que forman el consejo del rey. En su opinión, el rey es asesorado por *βασιλῆες*, pero cada uno de ellos no es, a menos que lo fuera ya *per se*, *βασιλεύς*. El honor, *γέρας*, que ambos poseen, y que caracterizaba también al rey en época micénica, implica además ventajas materiales, entre las que destacan las relativas a la dirección de la comunidad y al asesoramiento de la misma, respectivamente. La investidura divina, y el nacimiento, caracterizan a los reyes homéricos que, también frente a lo que se viene considerando, gobiernan sobre comunidades políticas.

En el campo de las ciudades griegas, la realeza espartana, minuciosamente analizada, le permite a Carlier introducirse en las complejísticas reglas que regulaban la sucesión al trono, y puede reafirmar la preeminencia de la «porfirogénesis». Las limitadas atribuciones de los reyes en tiempo de paz y su poder teóricamente omní-

modo en tiempo de guerra, pero en la práctica coartado por la acción de los órganos de gobierno de Esparta, hacen que la realeza espartana de época clásica se asemeje a una magistratura, de la que sólo se diferencia por su carácter hereditario y vitalicio.

Por lo que se refiere a Atenas, ya desde el siglo vi el βασιλεύς es un magistrado anual, sometido al régimen normal del resto de los magistrados superiores, con unas funciones generalmente limitadas a los aspectos más tradicionales de la vida política y religiosa ateniense.

En el resto del mundo griego la figura del βασιλεύς conoce variantes que pueden agruparse en las siguientes: realeza hereditaria, magistratura real, miembros de las antiguas familias reales que conservan el título o colegio de βασιλεῖς con funciones religiosas y a veces judiciales. El catálogo de realezas de Carlier muestra, sin lugar a dudas, lo generalizado, aun en época clásica, de la realeza. Todos esos «reyes» reciben privilegios materiales y honoríficos, poseen atribuciones religiosas y, en algunos casos, judiciales; sin embargo, no suelen tener autoridad militar o civil. El origen de las dinastías reales se remonta a la época oscura.

En la conclusión general esboza Carlier una evolución de la realeza desde la época micénica hasta el alto arcaísmo, por vez primera a lo largo de la exposición, aunque en exceso esquemática en mi opinión. Aborda también el declive de las realezas, interpretándolo como la preferencia de las ciudades por decisiones colectivas más que individuales, y acaba por destacar el hecho de que la evolución de la realeza en Grecia no ha sido, en absoluto, lineal, aunque ha sido también una norma que cada dinastía ha pretendido vincularse a la anterior (real o mítica). Sin embargo, una ruptura clara viene marcada por la caída de las realezas micénicas.

La imagen que de la realeza se desprende de la obra de Carlier es la de una institución generalizada en todo el mundo griego en el alto arcaísmo pero que, a pesar de lo que pudiera pensarse, sigue manteniendo su vigencia a lo largo de épocas posteriores, tanto en los ámbitos metropolitanos como en los coloniales. En último término, la necesidad que tiene la pólis de que se cumplan una serie de funciones «tradicionales», desempeñadas en los orígenes de la misma por los reyes, hace que se mantengan, junto con el nombre, parte de sus atribuciones y prerrogativas.

En el aspecto formal, hay que destacar el exhaustivo aparato crítico que acompaña la obra, así como los numerosos índices que facilitan enormemente el manejo de este libro, imprescindible a partir de ahora para cualquier análisis no sólo de la realeza, sino también de los aspectos políticos e institucionales que caracterizan a la pólis griega.

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO

PÉDECH, P.—*Historiens Compagnons d'Alexandre*. París, Les Belles Lettres, 1984, 416 pp.

Se hace inevitable la comparación de este libro de Pédech con la obra que constituye su más inmediato antecedente, *The Lost Histories of Alexander the Great*, de Pearson, aparecida en 1960. Y no cabe duda de que donde la materia tratada por ambas es la misma (pues el volumen de Pearson no se limitaba a los cinco autores estudiados por Pédech, sino que incluía, conforme a lo que indica su título, las composiciones debidas a Cares, Clitarco, Efipo, etc.) la publicación aquí reseñada aven-

taja en una serie de aspectos a su predecesora. Ello se debe, en parte, al hecho de que los fragmentos son objeto de un estudio más detallado; pero también al afán por profundizar más en la peculiaridad de cada autor y cada obra, a la preocupación porque las afirmaciones emitidas construyan un diseño coherente y equilibrado y a la mayor cautela con que se manejan los datos aducidos. Tales cualidades pueden ejemplificarse en el tratamiento que recibe Calístenes. Pédech utiliza aquí los elementos usuales con que se caracteriza la monografía de este autor sobre Alejandro (: propaganda a favor de Macedonia, motivo de la «venganza contra el persa» en torno al cual se unificaba la obra, conexión de la empresa de Alejandro con la gesta épica troyana). Pero a ello añade una serie de observaciones que, al relacionar esos elementos entre sí, permiten una visión más nítida y precisa del carácter y las intenciones de la composición. Así las alusiones épicas, explica Pédech, tenían una funcionalidad múltiple: no sólo servían para magnificar la figura de Alejandro, justificar su empresa como reconquista de unos territorios previamente griegos y adornar el relato; mediante las evocaciones de la epopeya se confería además al monarca macedonio una nobleza genuinamente helénica, al adjudicarle una relación de familiaridad y parentesco con los más rancios motivos de la historia mítica griega.

Observaciones como ésta consiguen alumbrar una imagen más acabada y profunda de la composición de Calístenes. Y algo semejante podría decirse respecto a los demás autores. No es la novedad de las ideas manejadas lo que distingue al libro de Pédech. Pero ello difícilmente puede constituir un argumento en su contra. Pues el autor ha intentado no tanto una obra innovadora como un estudio de conjunto que, operando sobre resultados ya adquiridos en análisis previos, comprobando tales resultados a través de un examen sosegado y metódico de los fragmentos, profundice en la particularidad de las composiciones tratadas hasta lograr una visión consistente y acabada de cada una de ellas. Y este objetivo ha sido suficientemente alcanzado. Pédech consigue un libro no sólo rico de contenido, sino también —gracias a esa preocupación por profundizar, individualizar y redondear que preside sus análisis— sugestivo y de atractiva lectura.

De entre los reproches que podrían dirigirse uno concierne a la escasez de referencias bibliográficas; Pédech cita pocas veces la procedencia de las ideas que maneja. Otro, más grave, emana de un defecto de planteamiento. El autor estudia a los historiadores de Alejandro aisladamente, sin ponerlos en conexión con otras composiciones u otras corrientes historiográficas de la época helenística. En su descarga cabe aducir que tal proceder es habitual en la literatura consagrada a los historiadores de este período. Pero, con o sin atenuantes, semejante método de aproximación supone serios inconvenientes. Determinados elementos presentes en la producción de Onesícrito, Calístenes o Aristóbulo —la complacencia en digresiones novelescas y excursos referidos a noticias fabulosas o exóticas, el gusto por la conformación patética del relato, la falta de interés en ofrecer una explicación racional de los sucesos— no se comprenden bien si no se los relaciona con los preceptos y exigencias de una corriente historiográfica más amplia, que arrastra, junto a los historiadores de Alejandro, a figuras como Teopompo, Timeo o los cultivadores de la llamada historiografía trágica. Esta falta de comprensión se patentiza en los juicios emitidos al tratar las cualidades literarias de las obras estudiadas o las concepciones historiográficas que las sustentan, juicios a veces superficiales e imbuidos de un retoricismo algo vacío. Es ésta una deficiencia que pesa sobre la obra pero que no anula sus virtudes ni le resta valor como brillante y meritoria exposición de conjunto.

JOSÉ M.^a CANDAU MORÓN

CHENOLL ALFARO, RAFAEL R.—*Soborno y elecciones en la República Romana*. Málaga, Universidad de Málaga, 1984, 181 pp.

La obra que reseñamos resulta de interés por cuanto en ella se aborda un tema tan complejo como es el del *ambitus* en relación con la maquinaria electoral, en este caso de la República romana.

El libro de halla estructurado en cinco capítulos, precedidos de una breve introducción, en la que además de establecerse por parte del autor los límites, tanto cronológicos como espaciales, del tema, se hace un pequeño repaso a los principales trabajos que desde el siglo XIX se han llevado a cabo.

Tras la introducción se abordan, ya dentro del primer capítulo, diversos aspectos de la maquinaria electoral. Así pues, se exponen cuáles eran y qué características presentaban los lugares comiciales, así como los procedimientos de las votaciones. También se indica cómo hasta las leyes *Publilia* del 339-338 y *Moenia* del 289 prácticamente todo el sistema comicial estuvo a merced de la voluntad senatorial. Dentro de la correspondencia de Cicerón, el *Commentariolum petitionis consularis* constituye un texto de gran importancia para comprender buena parte de la sociología electoral de la República. Y es precisamente en este texto en el que se basa el autor de la obra que reseñamos para analizar la llamada campaña electoral de todo aquel candidato que intentase optar a las más altas magistraturas. Así pues, y según esta carta-tratado, piezas clave de toda campaña las constituirían las amistades y clientelas, así como la generosidad para con la familia y conciudadanos, dando juegos o entradas para éstos, etc.

Según Cicerón, tanto los banquetes como los juegos de gladiadores constituían las dos maneras que más efecto hacían a la hora de petición de voto, prácticas ambas que tienen un origen común en las costumbres fúnebres de la oligarquía romana. Son varios los ejemplos que demuestran la evolución de los banquetes y otras ceremonias fúnebres hacia formas clásicas del soborno electoral, entre los que destaca el llevado a cabo por el propio hijo de Sila. En su conjunto, como bien se indica, «los *munera* funerarios, bien en la forma de banquetes o de juegos, acabaron retrasándose en general hasta las vísperas de las campañas electorales». Junto a las ceremonias fúnebres, los juegos en sus distintas modalidades, circenses, escénicos, etc..., aunque no tengan en un principio relación con el *ambitus*, sin embargo, debido a la manera de llevarse a cabo y a su edición por parte de determinados magistrados, acabaron siendo factor clave de toda campaña electoral. También el uso que se daría al botín de guerra en forma de reparación y construcción de edificios, sacrificios, etc., constituye otro de los elementos más interesantes para el desarrollo del soborno electoral.

A las distintas disposiciones legales contra la corrupción electoral se dedica el tercer capítulo de la obra que reseñamos. Tras las dos primeras y problemáticas leyes transmitidas por T. Livio, pertenecientes al siglo IV a. C., se pasa a analizar las disposiciones del siglo II, señalándose cómo la ley *Cornelia Baebia de ambitu* del 181 es para muchos considerada la primera sobre dicha materia. En el 139 se promulgaría la ley *Gabinia tabellaria*, que obligaba a la votación secreta en los comicios electorales y constituiría un hito importante en el quebrantamiento del control ejercido por los *nobiles* sobre las clientelas, medida que sería reforzada posteriormente por la ley de G. Mario del año 119, siendo también a finales del s. II cuando entraría en funciones un tribunal permanente para la *quaestio de ambitu*. En el siglo I será la ley *Calpurnia* del año 67 la más rígida de todas las dispuestas hasta entonces contra la corrupción electoral, llevando a Cicerón a pedir más adelante que se aplicara literal-

mente, cuando el clima político en Roma estaba más recargado. Este apartado se cierra con la ley pompeyana del año 52, última *lex de ambitu* republicana.

Interesante resulta el capítulo donde se exponen los diversos procesos y escándalos de corrupción y soborno desde el siglo v a. C. hasta inicios de la guerra civil. La primera noticia de escándalo electoral tras la ley *Maria de suffragiis ferendis* la constituye una acusación precisamente contra el autor de aquélla. Ya en el año 70 Cicerón acusaría a Verres de conseguir la pretura por medios corruptos, aunque no hay absoluta certeza de ello. Por su parte, el año 64 será uno de los más complejos en materia electoral, en el que, como bien se apunta, «el clima de corrupción estuvo especialmente cargado en las elecciones consulares, ante todo por las reticencias contra Catilina y G. Antonio». Especial relieve presenta también el año 63, por la presentación de la ley *Tullia*, el juicio contra Licinio Murena y la candidatura de César al pontificado máximo. Dentro del año 60 se destacan las elecciones consulares con César como candidato, así como los juicios *de ambitu* a Escipión Nasica y Valerio Mesala. También se exponen los tres juicios del año 56, en los que las acusaciones *de ui* se mezclaban con las *de ambitu*, así como los acontecimientos del año 54, uno de los más conflictivos y para el que, una vez más, la correspondencia de Cicerón sirve como fuente de información básica.

El último apartado de la obra se centra en la efectividad del soborno en las elecciones. En general, y por lo que respecta a este tema, se reafirma el papel decisivo que jugarían tanto la generosidad, las clientelas y el mismo aparato que rodeaba al candidato, como su propio prestigio, aduladores e intereses de facciones. Asimismo se llega a cuestionar la fuerza real del voto en un sistema en donde la oligarquía monopolizaba prácticamente el poder político, quedando la mayoría del *populus* fuera de todo juego, siendo el mismo sistema de votación quien les propiciaría una mayoría de votos. Por último, la existencia de una gran base ciudadana despojada de cualquier derecho político, así como la división en dos sectores de la primera clase, sería lo que, según el autor de la obra, permitiría una filosofía nobiliaria de carácter evergético por una parte y corruptora por otra, en función de los sectores sociales a los que se dirigieran las liberalidades.

En resumen, pues, esta obra constituye, a nuestro juicio, un estudio interesante de un tema siempre complejo como el del soborno en relación con la problemática electoral romana, cuestión por otro lado olvidada en nuestra tradición historiográfica.

G. CARRASCO SERRANO

VIÑAS, ANTONIO.—*Función del Tribunado de la Plebe: ¿reforma política o revolución social?* Madrid, Universidad Autónoma, 1983, 185 pp.

La obra que reseñamos reviste un gran interés por cuanto en ella se analiza una de las instituciones más controvertidas y más relevantes de la República Romana, como fue el tribunado de la plebe.

El libro aparece estructurado en cinco capítulos, precedidos de una breve introducción, en la que el autor establece los puntos sobre los que ha orientado su investigación, más unas claras conclusiones ya al final de la obra.

Tras la introducción se aborda, ya dentro del primer capítulo, el muy debatido tema de la génesis de la comunidad plebeya, como paso previo al estudio de la ins-

titución tribunicia. Se exponen, pues, en este apartado las hipótesis más representativas que sobre el origen de la plebe romana se han dado, desde la tesis de Mommsen a las aportaciones de Bonfante, Niccolini y De Francisci, entre otros. También se pone de manifiesto, y a pesar de los vínculos existentes, las diferencias entre la clientela y la plebe, quedando descartada una identificación tal como fue propuesto por Th. Mommsen. Por otra parte, y frente a los criterios de tipo etnológico o frente a las interpretaciones socio-económicas, tal como sostiene De Sanctis y De Martino, se defiende por el autor de la obra la hipótesis del dualismo comunitario, según la cual «patricios y plebeyos constituyen, originariamente, dos agrupaciones de población con diferente estructura organizativa». Y de acuerdo con P. Fuentesecca, quien ha insistido en la importancia que tiene la religión para entender la primitiva vida social romana, se apunta como factor clave para explicar la existencia de un originario dualismo comunitario, la diferente organización religiosa.

Si son problemáticos los orígenes de la comunidad plebeya, no son menos los que plantea el surgimiento del órgano tribunicio, tema al que se dedica el segundo capítulo de la obra que reseñamos. La falta de unanimidad en los planteamientos nace de la misma diversidad de versiones que sobre el tema nos ofrecen las fuentes clásicas. Frente a la opinión de De Martino, partidario del origen revolucionario del tribunado de la plebe, Viñas sitúa el origen de esta institución en una función política reformista. En la secesión, pues, los tribunos no iniciarían un movimiento revolucionario, sino que operarían más bien como un instrumento de dirección y cambio, promoviendo una transformación en profundidad de la organización ciudadana. La trayectoria seguida por los tribunos no sería de tipo revolucionario, sino más bien reformista. También se pone de manifiesto cómo es a partir de una estructura político-religiosa y no exclusivamente socio-económica, donde radica la clave para comprender realmente el surgimiento de esta institución, que, además, presenta notables paralelismos con los *tribuni militum*, aunque su origen no sea típicamente militar. Por lo tanto, como se indica, «los jefes del movimiento plebeyo debieron de haber recibido un nombre que evoca el de los oficiales del ejército, sin que, al propio tiempo, se pueda afirmar que los *tribuni plebis* revistan todas las atribuciones y características propias de los *tribuni militum*».

Una vez analizada la problemática en torno al origen de los tribunos, se pasan a estudiar las atribuciones del poder tribunicio, *auxilii latio*, *intercessio* y *coercitio*, así como lo que constituye la fuente de sus distintas facultades, la *sacrosanctitas*. No se puede, en efecto, llegar a comprender la potestad tribunicia sin tener presente ese carácter sacrosanto que hace que mientras la potestad de los magistrados se basa en el presupuesto puramente profano de la atribución de poder, la de los tribunos se deba a su carácter sacro. La primera ley que reconoce la inviolabilidad tribunicia podría identificarse con alguna disposición de las leyes *Valeriae-Horatiae*, aun cuando se afirma que la *sacrosanctitas* tribunicia es muy anterior, incluso anterior a los primeros movimientos secesionistas. En cuanto al *auxilium*, estaría concebido para anular todo lo que pudiera perjudicar los intereses plebeyos y no tendría un origen puramente social, como según De Martino, sino también jurídico. Manifestación inmediata de éste sería la *intercessio*, cuyo origen ha de situarse en el *ius auxilii*, y más que expresión de un poder revolucionario vendría a «representar el centro, el equilibrio y la reforma constante del orden constitucional». Por lo que respecta a la *coercendi potestas*, a pesar de ser común a todos los magistrados es en el tribunado de la plebe donde llega a alcanzar su expresión más característica. Para A. Viñas, el surgimiento de la *coercitio* tribunicia ha de ponerse, en un principio, en la normativa

emanada de las *leges sacrae* y posteriormente incorporada por el ordenamiento ciudadano.

Importante resulta el capítulo dedicado al estudio de las relaciones entre el tribuno, *senatus* y *magistrati*, a partir de las leyes *Liciniae-Sextiae*. En este apartado se pone de manifiesto, en primer término, la sustitución que se produce, tras la publicación de dichas leyes, del Estado marcadamente gentilicio por el Estado patricio-plebeyo, y, en segundo lugar, la transformación que se operaría en la institución misma tribunicia y que invertiría un tanto el papel ejercido hasta entonces. También se indica muy claramente cómo a partir de la equiparación jurídica patricio-plebeya, los tribunos no serán los adversarios del Senado, sino que se constituyen en órgano de control de la constitución, viéndose ampliadas considerablemente sus facultades, en parte debido al propio interés senatorial, que ve en esta institución «un medio especialmente apto para favorecer sus propósitos de control y alta dirección político-militar».

El último apartado de la obra está dedicado a las reformas llevadas a cabo por los Gracos. En este capítulo, y tras el análisis de dicha reforma, se realiza una valoración del movimiento gracano, manifestándose el gran subjetivismo de que adolecen la mayor parte de los estudios que han tratado el tema y rechazándose, pues, tanto la visión de corte liberal decimonónico, planteada por Th. Mommsen, como la que considera a este movimiento definido por los cánones de la revolución social. También se pone de relieve las diferencias de estrategia y planteamientos existentes entre Tiberio Graco y su hermano Gayo, aun cuando se reconoce que ambos están en la misma línea política fundamental. Para A. Viñas, los hermanos Gracos no pretenderían la subversión del orden social, sino más bien la reforma de las instituciones agrarias, como la *possessio* del *ager publicus*, poniendo en marcha además el concepto de soberanía popular. No cabría, por lo tanto, hablar de revolución social, ya que los Gracos intentarían transformar la situación mediante la reforma en profundidad del ordenamiento jurídico. Estaríamos, pues, como se indica, «en presencia de una característica reforma política, instrumentada por el poder público, mediante la promulgación de una serie de leyes».

En resumen, y a pesar de que se observen algunos vacíos bibliográficos, esta obra que reseñamos constituye, a nuestro juicio, un estudio interesante, abordado además con equilibrio, de un tema polémico en el que las aportaciones españolas siguen siendo desgraciadamente muy escasas.

G. CARRASCO SERRANO

ARCE, J.— *Estudios sobre el emperador Fl. Cl. Juliano (fuentes literarias, epigrafía, numismática)*. Madrid, CSIC, 1984, 258 pp.

Para cuantos creemos que en la bibliografía sobre Juliano dominan las interpretaciones basadas en posturas tomadas de antemano, juicios de valor frecuentemente ahistóricos y adhesiones a claves psicológicas gratuitas, la aparición de un libro como éste —un estudio sobre las fuentes antiguas de las que parte nuestro conocimiento de Juliano— no puede ser sino un motivo de satisfacción. Es, pues, su carácter de libro previo lo que, frente a lo que parece ser la opinión del autor (p. 27), hace la obra de antemano sugerente y atractiva; y a este respecto no cabe sino felicitar al autor por lo adecuado de su elección.

Es evidente, por otra parte, que examinar todas las fuentes resultaba, para un

primer estudio, una tarea excesiva, lo que hacía necesario restringir el campo de investigación. De acuerdo con ello el libro se articula sobre tres partes centrales. En la primera, dedicada a las fuentes literarias, se indagan los datos que proporcionan Sócrates Escolástico, Eunapio, Zósimo y los epitomistas del siglo iv (Festo, Eutropio, Aurelio Víctor y el autor del *Epitome de Caesaribus*). En la segunda se examina el material epigráfico, ofreciéndose, tras unas páginas introductorias, un catálogo de las inscripciones referidas a Juliano seguido de comentario. Y la tercera está consagrada a la numismática de Juliano como fuente histórica.

La selección llevada a cabo resulta adecuada en tanto que ni los autores que se investigan han sido muy estudiados ni al material epigráfico y numismático se le ha prestado, en las más conocidas biografías de Juliano, la atención necesaria. Cabe, sin embargo, elevar un reparo; pues entre todas las fuentes antiguas sobre Juliano la más pormenorizada e influyente es la de Amiano Marcelino, y ello hasta el punto de que la información que ofrecen las restantes fuentes literarias suele controlarse sobre la base de los datos que proporciona Amiano; un claro ejemplo al respecto puede ser el comentario con que acompaña Paschoud su edición del libro tercero de Zósimo (París 1979). Es éste un procedimiento del que hay que usar con delicadeza —ya que si bien Amiano ofrece, ciertamente, la más detallada exposición sobre el reinado de Juliano, tampoco él llegó a comprender plenamente la figura del emperador (véase al respecto Fontaine, «Le Julien d'Ammien Marcellin», artículo publicado en 1978)— y sobre el que tendría que pronunciarse cualquier investigación de las fuentes de Juliano. Por tanto, y aun admitiendo que «sólo el estudio de Amiano Marcellino (*sic*) constituiría un libro como el que presentamos ahora» (p. 25), el lector no puede sino echar de menos unas palabras, unas advertencias o un capítulo en que se discutiese una cuestión tan esencial como ésta.

El libro, por lo demás, se halla presidido por un gran desequilibrio, pues si por un lado brinda gran cantidad de datos, por otro esta masa de información no siempre se ve suficientemente discutida, o bien la discusión a que se la somete resulta poco incisiva y de escasa penetración; y, junto a ello, tampoco se contrastan de manera clara y efectiva las noticias que sobre las mismas cuestiones aducen las distintas fuentes. Ello llega hasta el punto de que, en bastantes ocasiones, el autor se limita a constatar —a repetir— las afirmaciones contenidas en tal o cual autor. Y así, en vez de ofrecerse una discusión de esa vulgata sobre Juliano constituida ya a finales del siglo iv, confrontando y poniendo en paralelo las noticias y el tratamiento que sobre sus puntos esenciales ofrecen las diversas fuentes, el libro se queda frecuentemente en una paráfrasis más o menos erudita de los datos expuestos. Todo esto se deja sentir en las conclusiones finales, atomizadas y muchas veces evidentes de antemano (pues decir que «Eunapio demuestra ser más parcial que los historiadores eclesiásticos; al mismo tiempo es la contrapartida de éstos: para él fue la *pietas* para con los dioses la que hizo vencer a Juliano todas las dificultades» —conclusión número quince—, o que «en Zósimo encuentra Juliano un panegirista principalmente de sus virtudes castrenses y de su actividad administrativa» —conclusión número veintiséis— es sólo repetir algo evidente).

Los defectos mencionados resultan menos gravosos en la parte dedicada a la epigrafía y la numismática, ya que en éstas la novedad de los datos presentados palió la falta de conclusiones y de control de la información. Sin embargo, también aquí el autor desperdicia una excelente oportunidad para llegar, mediante una confrontación entre lo que se obtiene del material epigráfico y numismático y las afirmaciones

contenidas en las fuentes literarias, a esclarecer facetas reveladoras en la visión de Juliano transmitida por la antigüedad.

Otra objeción se refiere a la falta de utilización de bibliografía reciente. El autor parece querer excusarse al afirmar: «Han pasado ocho años desde que este libro fue escrito. Pero más de doce desde que se inició su redacción» (p. 27). Sin embargo, y sobre todo cuando se trata de una aportación del calibre y la importancia que muestra la aparecida en los últimos años en relación con Juliano, tal excusa no parece suficiente.

Finalmente, creo importante hacer una breve consideración sobre los errores deslizados en los textos griegos. En un país del nivel cultural de España no sorprende, aunque moleste, que en libros no relacionados directamente con la antigüedad clásica la transcripción de frases o palabras griegas esté plagada de errores. Mucho más irritante resulta este defecto cuando acontece en una obra como la presente, escrita por un especialista en la materia y dirigida a especialistas.

JOSÉ M.^a CANDAU MORÓN

VIDÉN G.—*The Roman Chancery Tradition. Studies in the Language of «Codex Theodosianus» and Cassiodorus' «Variae»*. Studia Graeca et Latina Gothoburgensia, XLVI. Gotemburgo 1984, IX + 168 pp.

En el presente libro estudia G. Vidén las diferencias de vocabulario entre las cancillerías de la parte occidental y del sector oriental del Imperio Romano. Las fuentes empleadas son el *Codex Theodosianus* y las *Variae* de Casiodoro, por proporcionar esta última obra diversas noticias sobre el lenguaje de la cancillería occidental en época tardía. G. Vidén ha seleccionado en su investigación dos tipos de palabras, contrastando en Oriente y en Occidente su función y su significado. El primer tipo es el constituido por los verbos, que dan a entender los mandatos del emperador y que son palabras dotadas de significado en el texto. A su vez, el segundo tipo es el formado por partículas conclusivas, desprovistas de acentuación y con una naturaleza más bien simbólica.

G. Vidén parte de la base de que existen diferencias de detalle entre ambas cancillerías, originadas por el transcurso del tiempo, a pesar de que la constitución imperial había fijado su forma y su estilo en época anterior a la división del Imperio. Desde tal punto de partida este importante libro obtiene varias conclusiones.

La primera estriba en que la cancillería oriental tiende en mayor medida al empleo de frases y de expresiones estereotipadas, e igualmente es más proclive que la occidental a un determinado conservadurismo en lo relativo a la admisión de palabras y de sinónimos no habituales. La segunda conclusión radica en que los escribas orientales aún poseen durante los siglos V y VI de la Era Cristiana un buen conocimiento del latín. Del presente aserto infiere G. Vidén las magníficas ideas de que esos mismos escribas orientales en un elevado porcentaje habían de ser de raigambre latina, y de que la influencia griega en ellos era muy pequeña. A modo de tercera conclusión señala G. Vidén que Casiodoro demuestra un evidente continuismo respecto a la tradición de la cancillería occidental, con la salvedad de escasos matices debidos o a algunos cambios políticos o a rasgos propios del carácter de Casiodoro, explicándose así la pervivencia en la Edad Media de las formas de las cancillerías tardoantiguas.

No obstante, el mérito fundamental de este libro se halla en la cuarta conclusión. Expuesta en la página 157, la traduzco por su enorme interés: «Finalmente, me aventuro a indicar que la disparidad en el uso del lenguaje refleja una diferencia cultural en sentido amplio. El Imperio Bizantino fue un dominio ceremonial, caracterizado por su gran formalismo y por su estricta etiqueta. Yo sugiero que esta tendencia hacia los aspectos formales también se encuentra en las manifestaciones escritas del poder imperial. El escriba de la cancillería representa al susodicho poder imperial: su lenguaje refleja, por tanto, el creciente formalismo y la progresiva naturaleza ceremonial del Imperio de Oriente.»

GONZALO FERNÁNDEZ